



Suspirândote

MANU PONCE

Suspirandote

Primera edición.

Suspirándote

© 2020, Manu Ponce.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Suspirándote

(Tú pones los límites de tu propio deseo, no lo olvides)





Capítulo 1: Rutinas

Alexandra

Me he pasado los últimos cinco años viviendo la misma vida monótona. Cuando una se divorcia de su marido después de más de diez años casados, no es para echar cohetes, pero era lo mejor.

¿Sabes cuándo tenéis una seta por marido, que en la cama es como una estrella de mar que quiere que se lo den todo hecho y solo se tumban estirados en el colchón? Pues así era mi marido.

Esos que la limpieza les da alergia y les repele el simple hecho de coger un trapo para limpiar la mancha de la cerveza que se les acaba de caer en la mesa frente al sofá, donde se pasa las horas, mirando el televisor. A ese que podríamos llamar hombre cojín.

Ese era mi marido, el que me lo cargaba todo a mí y ni siquiera me echaba una mano con nuestra pequeña, de ocho años. La verdad es que no se lo tomó muy bien cuando le dije que habíamos terminado.

Era uno de esos hombres a los que miras y ya no vuelves a ser la misma. El típico modelo de cuerpo de infarto, y eso que bebía que parecía una esponja. Me imagino que la constitución genética ayuda y mucho.

Hace cinco años que se me separé y vivo con mi niña, Rebeca, en un piso en el centro de Barcelona.

Trabajo en una empresa de seguridad informática. Soy la supervisora de todos y cada uno de los informáticos que hacen posible que la empresa esté en el número uno de su campo.

—Buenos días, Chloe, ¿cómo se ha levantado hoy la princesa del deseo?

—Pues la verdad es que estoy muy muy bien, y eso que no he comido arroz.

—¿Eing?

—¿No has visto el anuncio?

—No.

—Vale, no importa.

—¿Qué planes tienes para el viernes?

—Ninguno, ¿has pensado en algo en particular?

—¿Qué se te ha pasado por esa cabecita? Te lo veo en la cara, tienes algo en mente.

—Me han invitado a una fiesta y la verdad es que pensaba ir, sería bueno que pudieras venir conmigo.

—Es de esas de las tuyas, ¿no?

—Sí.

—Entonces no sé yo.

—Espabila ya, tienes casi cuarenta años y tienes más telarañas en la seta que mi altillo.

—Está bien, pero a mí no me metas en cosas raras, ¿eh? Vamos, nos tomamos algo, bailamos y volvemos a casa.

—Sí, sí, lo que tú digas, Sor Alexandra.

—Te recogeré el viernes a las diez. Déjale la niña a tu hermano, te lo debe.

—Está bien.

—Genial. Nos vemos, y por cierto, hay que ir un poco decente a la fiesta. Quema tus chándales a lo profesora de gimnasia y ponte algo que resalte esos melones que tu madre te ha dado.

—Vale. Ciao, puti.

—Ciao, zorri.

No tengo más que tres amigas de verdad, y Chloe es una de ellas. Me cuesta dar mi corazón, sobre todo después de lo que me pasó con mi exmarido, por eso soy muy selectiva en mis amistades.

Ojalá pudiera cambiar, pero estoy demasiado dolida. Me imagino que necesito tiempo para sanar mis heridas, aunque realmente nunca me he permitido hacerlo y tampoco he querido, supongo.

*

Hoy es mi primer día libre en años y pienso saborearlo. Es viernes y me he podido levantar cuando me ha dado la gana, que ha sido sobre las once de la mañana. Abro un ojo y veo a mi Rebeca con esa cara de ángel relajada por completo, dormida como la Bella durmiente.

Me levanto y hago del desayuno en silencio para no despertarla. La verdad es que estoy pletórica.

Es festividad nacional y tengo todo el día para mí, excepto la noche, que he quedado con Chloe para ir a esa fiesta suya del pecado en la que hacer orgías es como comer pipas en el parque, lo habitual.

—Buenos días zorri, zorri —miro al loco, que vuela por donde le da la gana de casa y niego con la cabeza.

—Cierra el pico de una vez. No digas eso o esta noche comeremos pollo al horno, ¿lo captas?

—No pollo, zorri, zorri.

Maldito loro. La culpa es de Chloe, que le ha enseñado a llamarme así, la muy zorra. Antes era un animal tierno, cariñoso, amable, y ahora si no me llama zorri revienta.

—Te has quedado sin pipas, por listo.

—Dame pipas, zorri, zorri.

Coloco los ojos en blanco y entonces veo cómo mi estrella aparece restregándose los ojos con el dorso de la mano. La miro con ternura mientras le dejo el bol de leche con cereales y la cuchara en la mesa.

—¿Cómo ha dormido mi estrellita?

—Muy bien mami, he dormido como un osito.

—Me alegra cariño. Y anda que no, hoy no tienes que ir al colegio, ¿eh? Tienes que estar pletórica.

—Sí, hoy voy a pintar mis dibujos.

—Bien, me alegra oír eso. La verdad es que tengo que hablar contigo cariño. Esta noche he quedado con Chloe para ir a dar una vuelta y salir un poco, que no lo hago desde que papá no está.

¿Te importa si te dejo en casa del tito por esta vez?

—¡Síiiii! Me encanta estar con el tito.

—Genial. Ayer le mandé un mensaje y tiene muchas ganas de verte.

—Vale, mami. Me llevaré al señor Potato para que lo montemos y las cartas para darle una paliza.

—Genial. Ahora a desayunar estrellita, quiero que vayamos a dar una vuelta.

—¿Vamos a ir al parque? Porfa, mami.

—Ya veremos.

Aprovecho para limpiar toda la casa a fondo, cosa que no puedo hacer entre semana mientras Rebeca hace puzzles, pinta y recorta figuras de papel con un molde que le compré.

Acabo a las dos de la tarde y tras darme una ducha y hacer unos spaghetti, acabo llevándola al parque, así tengo tiempo para organizarme la agenda de la semana que viene mientras ella se divierte.

Tengo siete reuniones con inversores, empresas que quieren que trabajemos para ellos, otras que necesitan nuestra seguridad y un banco que precisa un programa encriptado para los datos de sus clientes.

Me las organizo y mando un correo a cada uno de los representantes de las empresas para que se presenten el día y la hora que les marco en el email. Una vez estoy lista, juego un rato con mi niña en el tobogán, empujándola en el columbio y cientos de cosas más.

A las siete, volvemos a casa para que podamos cambiarnos y hacer la pequeña maleta con una muda, el neceser y el pijama de mi chica para que pueda ir a casa de mi hermano y pase allí la noche.

Nos subimos en mi Range Rover Velar y pronto nos encontramos en casa de mi hermano Cristian. Bajamos del coche y Rebeca corre hasta la puerta de su tío, al que ama con locura y pulsa el timbre.

Él abre la puerta y cuando la ve, sonrío de oreja a oreja y la toma de la cintura para girar con ella haciéndola volar. Yo sonrío al verlos. La verdad es que Cristian se ha convertido como un segundo padre para mi hija y le agradezco que esté ahí cuando más lo necesito.

Cuando deja a mi pequeña en el suelo esta viene corriendo hacia mí y la achucho antes de besarla. Es sencillamente preciosa. Jamás he visto algo tan bello en mi vida y no es porque sea mi hija.

—Pórtate bien, no le des mucho la lata a tu tío.

—Lo prometo mami. Pórtate tú bien también. Te quiero, mami.

—Y yo a ti, mi princesa.

Le tiro un beso a mi hermano y le doy las gracias gritando demasiado fuerte, creo que me han escuchado hasta los vecinos de la otra punta de la ciudad. Me subo en el coche y vuelvo a casa, tengo que prepararme para la fiesta de Chloe, bueno, en la que han invitado a Chloe.

Cuando estoy ya en casa, abro el armario para ver qué me pongo y solo encuentro trajes de ejecutiva, pero que el sexy se pierde entre los ribetes.

No tengo nada que no diga: “hola, soy madre, casi tengo los cuarenta y no he echado un polvo desde que Jesús perdió la zapatilla. Tengo eso más reseco que un estropajo”

Llamo a Chloe, porque la verdad es que estoy más perdida que un pulpo en una cacharrería. Ya

no me da tiempo a salir a comprar un vestido, así que solo me queda pedírselo a mi mejor amiga, que tiene la misma talla que yo.

—Hola puti, te necesito urgente.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas tampones? ¿Pruebas de embarazo? ¿Un hombro en el que llorar?

—No, solo un vestido. No tengo nada que no sea para llevar a la oficina y no creo que un traje sea lo más apropiado para una fiesta.

—Está bien, te llevaré en quince minutos un vestido de putón verbenero, pero después no te quejes si enseña más de lo que cubre.

—Miedo me das.

Aprovecho para maquillarme y escojo unos zapatos con un tacón de infarto mientras llega Chloe con el vestido. Me plancho el pelo y me coloco algún que otro tirabuzón que resalte antes de que el timbre suene y al abrir aparezca una Chloe demasiado emperifollada.

—¿Cómo está la zorri más sexy del mundo?

—Pues desnuda y saliéndole canas de esperar.

—Anda, anda, no seas exagerada. ¿Esa es la ropa interior más sexy que tienes? La verdad es que da pena, parece la de una octogenaria con menos sexo que un caracol.

—Tengo algo que una vez usé con mi exmarido, pero es demasiado provocativo. Ruborizaría a un muerto.

—Pues ese, ese, ese es el que tienes que ponerte. Te recuerdo que vamos al club de la lujuria, no al de las monjas de caridad.

—Está bien, aunque mi intención es pasarlo bien, no exhibir mi ropa interior.

—Bueno, ya veremos. Ahora ponte esto y esto y nos vamos pitando, que al final llegamos tarde.

Me tira el vestido y una especie de máscara. Ahora parece que también hay que llevar máscaras, como si fuera esto una fiesta a lo Romeo y Julieta.

Me pongo el vestido lo más rápido posible sin estropear el peinado ni el maquillaje y cuando está completamente ajustado a mi cuerpo, me coloco la máscara. No es que sea perfecta, pero estoy bastante mona.

—No hacía falta que te pusieras la máscara aún, pero bueno. La verdad es que te queda muy bien, aunque no tanto como a mí. Es mía, pero te la regalo.

—Gracias, Chloe.

—¿Nos vamos?

—Claro.

Vamos a salir por la puerta cuando el integrante de la familia que queda dentro y que me odia profundamente desde que me separé de su dueño, nos da su despedida particular.

—Adiós, zorri, zorri —dice el loro.

—Menudo deslenguado —suelta Chloe.

—Es por tu culpa, que le enseñas esas cosas. Antes era de lo más educado.

—Ser educado no está de moda, deberías saberlo Alex.

Nos subimos en el primer taxi que pasa y pronto llegamos al lugar indicado con la dirección que Chloe le ha dado al conductor, que parece que está haciendo uno de los Rallys de Fernando Alonso. Le ha pillado algún radar fijo.

Nos bajamos y lo que veo me hace desencajar la mandíbula. Se trata de una especie de castillo de lo más impresionante que he visto en la vida. Yo me esperaba uno de esos club de mala muerte, pero ni mucho menos algo así.

Nos paran en la puerta. Es un gorila de armas tomar, parece que tenga pulgas con esa mala

hostia que profesa.

—¿Tenéis pase privado?

—Sí —dice Chloe.

¿Ah sí? ¿Se necesita un pase y yo no lo sabía? ¿Y mi amiga tiene pases para ambas? ¿Qué tipo de pase será? No entiendo nada.

Chloe saca un par de cartas negras. Son dos ases de corazones y el corazón está capturado por una especie de lazo lila. Me resulta bastante intrigante. No sé qué me espera aquí dentro, pero tanto secretismo me está poniendo la mar de nerviosa.

Entramos en una gran sala donde no hay absolutamente nada aparte de una fuente en el centro de esta. ¿Dónde me habrá traído esta loca?

Al fondo hay dos hombres trajeados que nos abren la puerta con una sonrisa en los labios y veo cómo Chloe se pone la máscara, que también llevan los amables porteros. Cuando puedo ver lo que hay en el interior, no puedo creérmelo.

El ambiente es mucho más oscuro. Las paredes son de un burdeos con formas grabadas que te incitan a entrar y perderte en ese lugar.

Hay muchas parejas en la sala, hombres semi desnudos bailando un pistas, en barras, sobre los cuerpos de mujeres que cubren sus rostros, no por vergüenza, sino porque la excitación por el no saber, por la incógnita, es siempre mayor.

Nos dirigimos a la barra. No sé quién es nadie, puede que conozca a alguien de este lugar, pero jamás lo sabré, al igual que ellos tampoco sabrán que estoy yo aquí.

—¿Por qué nos cubrimos con las máscaras?

—La privacidad aquí y el anonimato es muy importante. No todo el mundo quiere que se sepa que vienen aquí. Tenemos jueces, empresarios de éxito, multimillonarios, de todo. No todo el mundo quiere que salga a la luz que frecuenta estos lugares, aunque no estemos haciendo nada ilegal.

—Entiendo.

—Aquí puedes ser quien tú quieras, hacer lo que quieras sin consecuencias, sin remordimientos, solo dejándote llevar por el momento. No tienes que darle explicaciones a nadie por lo que haces, no estás engañando a nadie, recuerda.

—Lo sé, estoy soltera y puedo hacer lo que quiera, aunque solo he venido a tomar algo, bailar y nada más.

—Toma —me entrega una de las cartas. —Este es un club muy selecto y poca gente puede entrar. Yo pude hacerlo porque uno de mis amigos especiales tiene una gran influencia aquí y me consiguió una. Ahora le he vuelto a pedir el favor para que me consiga otra para ti, así que no la pierdas. Son muy difíciles de conseguir.

—Lo haré y muchas gracias.

—¿Crees que puedo dejarte aquí unos minutos? Debo ir a verlo y darle las gracias, ya me entiendes.

—¿Es tu chico?

—Algo así. No sabe quién soy y yo no sé quién es él, es mejor así, pero aquí dentro yo soy su dueña y él es el mío.

—Entiendo.

—Aquí hay personas que solo quiere conocer a otras, gente que solo quiere jugar, gente que busca una buena charla y gente que encuentra el amor.

—Yo soy de las que quiere conocer a otros y de charlas, al menos por el momento.

—¿Por qué no te quitas el palo del culo por un día y te dejas llevar? No es malo hacerlo, es liberador y a veces necesitamos hacerlo, ¿sabes?

—¿Qué ocurre si te enamoras de la pareja a la que estás conociendo?

—Cuando una persona conoce a otra y le interesa, no buscará conocer a más personas en la fiesta, solo a él o ella. Si la pareja se enamora y quieren ir más allá fuera de estos muros simplemente deben quitarse las máscaras y revelar sus rostros. Si de lo contrario la cosa no sale bien y finalmente deciden no darse esa oportunidad simplemente tienen que enseñarse el dorso de la carta, donde solo se ve el negro de esta, para que el juego acabe.

—¿Y cuando acaba qué ocurre? ¿Entregas la carta en la entrada y olvidas todo lo que has vivido?

—Puedes hacer eso o volver a lanzar los dados y probar suerte u otra persona. Tú decides cuándo se inicia tu travesía y cuándo finaliza. Solo recuerda una cosa, si aceptas las condiciones de la persona a la que escojas no podrás quebrantarlas, lo mismo que la otra persona no podrá romper las tuyas.

—Entiendo. Creo que ya sé por dónde van los tiros.

—Genial. Pues voy a ver a Titan. Vuelvo en media hora a lo sumo.

—¿No eran unos minutos? ¿Me vas a dejar sola en medio de toda esta gente mi primer día, puti?

—Por supuesto, así te sueltas sí o sí. Adiós, zorri —esto último me lo dice imitando a mi loro y yo solo puedo poner los ojos en blanco, que no sé si ha visto con esta máscara que solo muestra mis mejillas y labios.

Me quedo más sola que la una en la barra del bar. Me pido un Tom Collins y saco mi teléfono móvil para pasar el tiempo. La verdad es que estoy tentada de llamar a mi hermano para saber cómo está mi niña, pero me retengo, no quiero ser una madre acosadora.

—Hola —me giro al escuchar esa voz tan ronca que me susurra casi al oído. Trago saliva en silencio mientras veo al pedazo de tío que tengo frente a mí.

Lleva un traje negro con una camisa blanca, de corte italiano, con el filo en un negro brillante. Un antifaz negro cubre sus ojos y parte de su nariz, dejando, al igual que el mío, las mejillas y los labios al descubierto.

—Hola —contesto sin saber bien cómo reaccionar. La verdad es que Chloe me ha explicado muy bien las reglas, pero no cómo manejarme si un tío habla conmigo.

—¿Cómo te llamas? —no sé si decir mi nombre, es algo demasiado íntimo y si llevamos las máscaras es para ocultarnos y no dar información sobre nosotros mismos.

—Creo que de momento esa información me la voy a guardar para mí —le suelto tan pancha. Creo que he quedado bien y he parecido convincente, como si no fuera mi primera vez y no fuera virgen en este lugar.

—Te llamaré Carmín entonces, por el color de tus apetitosos labios.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Mi nombre es Skull y me gustaría conocerte.

—Vaya, qué directo.

—Cuando algo me gusta voy a por ello y no desisto fácilmente.

—Sin duda pareces muy seguro de ti mismo y de que voy a caer rendida a tus pies.

—Tú dame una oportunidad y no te arrepentirás.

—Está bien. ¿Qué tienes pensado? —le pregunto y sé que solo he aceptado porque está más bueno que el chocolate con leche.

—Quiero enseñarte algo. Si no te gusta puedes salir de mi sala, no te retendré ni volveré a reclamarte, claro está. Ya sabes que no tienes la obligación de estar con alguien que no quieras.

—Lo sé. ¿Vamos entonces?

—Sí.

Lo sigo mientras me guía a una de esas salas oscuras que jamás he visitado, pero que tanto he visto en películas y leído en novelas. Que una es mojigata, pero no tanto.

Yo es que tengo un problema: tengo una vida monótona, sobre todo desde que me prometí. Antes todavía echaba una canita al aire de vez en cuando, como se suele decir, pero ahora nada de nada.

Vivo para mi hija, para mi trabajo y mi casa y eso es lo que hago día tras día desde que me divorcié hace cinco años. Quizá hoy sea el día para liberarse y dejarse llevar. Con suerte hoy le daré una alegría al cuerpo, si es que no se me ha regenerado otra vez todo lo de allí abajo.

—¿Vienes o te has arrepentido ya?

—Voy, voy —le digo cuando me doy cuenta de que me he quedado parada pensando en mis cosas.

No tardo mucho en meterme en esa sala que solo está iluminada por la luz de las velas, que dejan entrever ese papel de pared color burdeos de formas hermosas semejantes a flores de lis.

Lo miro sin poder evitarlo, estoy bastante nerviosa y sus ojos penetrantes no ayudan. Es como si fueran el espejo del alma, como si lo conociera de antes, pero esa voz ronca con la que se expresa, nunca había escuchado a nadie hablar así.

—Siéntate en la silla y no te muevas.

—No seas mandón.

—Si entras en mi sala, sigues mis normas sin rechistar, ya sabes cómo va esto, ¿o es que acaso necesitas que te explique las normas?

— No es necesario, gracias.

—Bien, entonces quiero silencio. Que el próximo ruido que oiga sea de placer y no de reproche.

Ya no abro la boca, solo asiento y me siento en esa silla en el centro de la sala que parece bastante confortable.

El estar casi en penumbra me hace excitarme inevitablemente, sobre todo teniendo en esta sala a un hombre como este, con esa voz que me llega hasta el más profundo de mis instintos.

Veo cómo el tal Skull cubre mis ojos con un pañuelo de seda burdeos y eso me asusta un poco, no controlar la situación con el trabajo que tengo me hace sentir vulnerable y me aterra.

Intento permanecer tranquila y siempre puedo marcharme cuando desee y la cosa va más allá de lo que deseo vivir y sentir.

Ahora, con los ojos vendados, se agudizan el resto de los sentidos. Puedo escuchar los gemidos de hombres y mujeres de los cuartos contiguos, que exploran su sexualidad de mil formas y que les encanta.

Me relajo entonces y me dejo llevar para intentar experimentar aquello que ya están haciendo algunos de los que se encuentran en la fiesta. Algunos de esos gemidos podrían ser de Chloe.

—No te preocupes Carmín, no voy a hacerte nada. No voy a tocarte, ni besarte, ni voy a tener sexo contigo, sea de la manera que sea. Así que en ese sentido puedes estar tranquila. No quiero saber nada de tu pasado, de tu presente o de tu futuro, eso queda fuera de estas paredes y de nuestra relación.

Solo asiento. Si no quiere que hable no le voy a dar motivos para que se ponga más borde de lo

que ya aparenta ser. Siento entonces su respiración en mi oído y su aliento calentando mi cuello.

—Llevo toda la noche esperando a que apareciera alguien como tú. Tan frágil y a la vez tan fuerte, tal delicada y hermosa, tan deseable sin apenas saberlo, tan inocente en este campo y yo solo quiero hacerte temblar sin tocarte, para que, cuando vuelvas a tu mundo, te hayas vuelto tan adicta a mí que necesites volver a verme una y otra vez y yo estaré deseoso de recibirte. ¿No es eso lo que quieres? Por eso has venido aquí.

—Lo cierto es que no espero nada y no suelo volverme adicta a nada. Así que vas a tener que currártelo mucho para que esa fantasía tuya que se acaba de crear en tu mente se haga realidad.

—No te preocupes por eso, yo nunca pierdo, y cuando me propongo algo, como ya te dije, lo consigo.

No decimos nada más. Escucho cómo sus pasos se alejan y yo me sujeto a los asideros de la silla en la que estoy sentada.

Es una sensación nueva. No negaré que cuando me ha susurrado al oído todo eso que tenía planeado para mí, me he humedecido hasta un punto que creo que he calado la tela del vestido de Chloe.

Escucho los pasos de Skull volver a mi posición y vuelve a acercarse de nuevo a mí, agachándose, pues siento de nuevo su aliento calentarme el cuello. Es un efecto relajante que me provoca mil y una fantasías, uno de los puntos débiles que siempre he tenido, el cuello.

—Sabes, los sentidos son una de las cosas más curiosas del ser humano. El tacto, el olfato, la vista, el gusto, el oído. Cuando privas al cuerpo de uno de ellos, el resto se vuelven más eficaces, se agudizan. Hoy vamos a potenciar uno de ellos y si quieres seguir probándolos todos, ya sabes dónde tienes que volver.

Se levanta y enciende algo de música, relajante y sexual a la vez, haciendo que mi cuerpo se ponga en alerta mientras sus pasos tornan a mí. ¿Acaso quiere volverme loca con su parsimonia?

—¿Sabes lo que me gustaría hacerte, Carmín? Me encantaría levantarte el vestido lentamente para que sientas cómo la tela acaricia tu piel y tu pelo se te eriza ante el contacto y yo, deseoso de verte enloquecer, muerdo tu cuello para que un escalofrío te recorra de pies a cabeza y me pidas más.

Suelto un jadeo silencioso cuando esa voz ronca acaba de explicarme lo que le gustaría hacerme. Mi cuerpo y mi sexo ya quieren que me lo haga y que no pare. Que se harte de mí.

Se acerca de nuevo a mi oído, ya que se había apartado momentáneamente y sigue explicándome qué me haría.

—Y cuando te tenga bien caliente, abriré tus piernas mientras beso tus labios para comprobar que tu ropa interior está completamente húmeda y me llevaré esos dedos a la boca mientras me miras con atención y te muerdes el labio por el deseo y la excitación.

Mi cuerpo está cada vez más necesitado y deseoso de que lo cumpla en este preciso instante. Me muerdo el labio inferior, como él me ha relatado y es la primera vez que él es quien me jadea a mí al oído, cosa que me enloquece por completo.

—Cuando acabe de sacar el vestido que envuelve tu piel, me asombraría al saber que no llevas ropa interior, como a mí me gusta, y saborearía tus pezones, amamantándome de ellos para que me des tu elixir antes de darle pequeños toques con mi lengua para que saltes por el placer que estos sienten.

Y ahora sí que suelto un gemido sin poder evitarlo, que él escucha claramente. Esto no puede ser legal, no puede ponerme así de cachonda para después mandarme en casa sin siquiera tocarme.

—Ya me imagino cómo puede saber tu piel solo por la colonia que llevas. Black Opium. ¿Eres

una guerrera, Carmín? ¿Una mujer poderosa y peligrosa? La colonia dice mucho de una persona.

—Es posible —digo casi sin aliento.

—¿Sabes lo que también dice mucho de una persona?

—¿La voz?

—No, lo que te haría después. Me arrodillaría ante tu atenta mirada tras ponerte las piernas en mis hombros, bien expuesta para mí, y saborearía tu templo del placer. Lo abriría despacio y colaría mi lengua en él para saborearlo y descubrir el elixir que me diría de ti todo lo que quisiera saber.

Me lo imagino por unos instantes, estoy muy excitada y mis pezones están duros como diamantes. Y entonces ocurre. Sus labios se acercan más a mi oreja y solo me susurra que me corra, orden que mi cerebro acepta gustoso y, aunque trato de disimular lo que me está ocurriendo, la humedad que siento es algo palpable. Es más, creo que puedo olerlo en el ambiente.

Mierda, nunca pensé que alguien tuviera ese poder sobre mí. Con solo un susurro derriba mis barreras, hace temblar mi cuerpo y doblega mi alma. ¿Acaso es una especialista o es que yo no tengo fuerza de voluntad?

Desliga el pañuelo de seda que cubre mis ojos y lo deja caer en el suelo antes de que me inste a levantarme tendiéndome la mano. Una vez nos encontramos uno frente al otro, no nos decimos nada, solo nos miramos a los ojos, los suyos chocolate, los míos verdes.

Se acerca de nuevo a mi cuello y lo acaricia con la punta de la nariz, inhalando mi olor antes de llegar a mi oreja y susurrarme, como sabe que me enloquece.

—Te espero mañana, no me falles.

No digo nada mientras lo veo salir por la puerta y yo me tomo unos segundos para tocar una bocanada de aire y ser consciente de lo que ha ocurrido hoy aquí. Esto es una locura y no sé si quiero volver a sentirme más vulnerable.

¡Qué coño, sí que quiero!

Me quito las bragas, empapadas como una esponja recién usada y las guardo en uno de los bolsillos de mi bolso antes de salir por la puerta yo también. Me resulta incómodo ir así de mojada, es más, creo que me avergüenza, así que mejor así.

No espero a Chloe, que parece no haber salido de su sesión con su amigo particular. Salgo de esa mansión en busca de un taxi y por el camino le mando un mensaje a mi amiga para que no se preocupe.

<<Puti, me voy a casa, no ha estado mal. He conocido a un chico y la verdad es que me ha dejado loca de remate. Solo te digo eso. Me ha pedido que vuelva mañana. Quiere verme otra vez.

No nos hemos tocado. Nos vemos el lunes en la oficina. Te quiero.>>

Le mando un mensaje a mi hermano para ir a buscar a Rebeca, pero me contesta que mejor no, que ya está dormida y que mañana tienen la intención de llevarla al parque de atracciones, así que la raptan hasta el domingo por la tarde noche.

Parece que las estrellas se han alineado para que mañana no tenga ningún tipo de ataduras y pueda volver a la mansión para coincidir de nuevo con el hombre misterioso de voz rasgada.

¿Qué tendrá pensado esta vez? Con este hombre a saber, es muy misterioso, pero a la vez me siento bien, a gusto, tranquila. No tengo miedo ni estoy incómoda cuando me encuentro con él.

Tendré que volver mañana. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?



Capítulo 2: Tentaciones.

Skull

No sé qué coño me ha pasado. No debería haber ido tan lejos con ella. Es tan delicada, tan suave, tan bella, tan perfecta... Tengo la sensación de que acabo de caer en una trampa mortal que me han puesto para que flaquee.

Pero ¿estoy dispuesto a flaquear? No. Soy más fuerte que eso y no permitiré que me arrodillen como un vulgar títere que no sabe nada de la vida. He tenido ya bastante tiempo para conocer este mundo y hay que saber separar muy bien.

Solo me enamoré una vez y no quiero hacerlo más. Enamorarse en la mansión Ícaro no es una opción siempre sale mal, conozcas o no a la persona. Es mejor disfrutar del momento antes de dejarlo marchar.

Ícaro... así me siento yo. Cada vez me voy acercando más y más al Carmín, el sol mismo, y al final se derretirán mis alas y me quemaré. No quiero tener que llegar a eso, caer de nuevo no es una opción.

Pero por ella caería, como no he hecho con ninguna otra, y lo haría porque ella es mi talón de Aquiles, aunque aún no lo sepa. Su poder sobre mí es más grande de lo que me gustaría admitir.

Ya se ha marchado, o al menos ya no la veo en la fiesta. He tenido que salir de la sala para no hacérselo allí mismo y que gimiera de tal manera que hasta al final de la calle se enteraría.

También yo vuelvo a casa tras rechazar a un par de chicas que buscan pasar una nueva noche. No me apetece jugar más, con ella ya he tenido suficiente y a juzgar por el olor de la habitación, ella también.

Me cambio y salgo en busca de mi moto. Me coloco el casco y subo antes de poner rumbo a mi hogar, el más minimalista que existe.

Apenas tengo nada, pero tampoco lo necesito. Cuanto más tienes, más debes limpiar y yo no tengo ni tiempo ni ganas. Yo he venido aquí a disfrutar de la vida, no a limpiar.

Me doy una ducha una vez llego a casa. Estoy cansado y ni siquiera ceno, simplemente me tumbo en el colchón y me quedo dormido. Quién me iba a decir que me iba a agotar tanto poner caliente a la diosa de la fragilidad.

Mi cuerpo la reclama, lo sé porque me he pasado la noche soñando con ella, con sus labios, con su cuello, con su cuerpo, toda ella. Joder, solo ha venido una vez y me está volviendo loco.

Me levanto más empalmado que un mandril y me doy otra ducha, esta vez de agua fría, para poder bajar la hinchazón. Debo ir a trabajar y en la normativa de mi trabajo no entra lo de llegar con el mástil preparado.

Todavía tengo media mañana antes de tener que ir a trabajar, así que llamo a mis amigos para ir

al gimnasio. Estoy seguro de que algo de ejercicio me vendrá de perlas para olvidarme un poco de lo de anoche.

Es domingo y debería estar descansando, pero dado que tengo guardia, para mí no hay días de fiesta como los de todo el mundo. Es lo malo de mi trabajo. No todo en la vida puede ser perfecto. Aunque me encanta mi trabajo.

Saco el teléfono y les mando un audio mientras acabo de prepararme para ir al gimnasio.

—Tíos, nos vemos ahora en el gimnasio. ¿No? Yo ya voy para allá. Nos vemos —las respuestas en audios no tardan en aparecer.

—Yo ya estoy aquí, tío —dice Fran.

—Yo llego en cinco minutos —me dice Juan.

—Cabrones, anda que habéis avisado.

—No sabíamos si estabas trabajando y no queríamos molestar.

—Está bien, os perdono.

No tardo mucho en salir de casa con el chándal puesto y poner rumbo con la moto al gimnasio.

Cuando llego dejo la bolsa en la taquilla y entro en la sala principal, donde me encuentro con estos dos sudando la gota gorda.

Ya no estamos para estos trotes, pero nos negamos a pensar de que nos estamos haciendo viejos y ya no podemos hacer lo que sí podíamos de jóvenes.

Me dedico a trabajar con las máquinas, a veces con la ayuda de mis amigos, otras veces solo. Hasta que Fran se me acerca y me hace el interrogatorio que ya hace veinte minutos que esperaba.

—¿Cómo te fue con tu amiguita anoche?

—La he apodado Carmín.

—La mía es Chocolate.

—Tío, ya hace año y medio que estás con tu Chocolate. ¿Cuándo te vas a quitar la máscara y pedirle que seáis algo más? Sabes que ella siente cosas por ti y tú estás enamorado hasta las trancas.

—¿Y si ella tiene ya a alguien? No quiero perderla, tío. Es mejor seguir así, sin ataduras. De ese modo, siempre estará conmigo. Si me quito la máscara, se acabará todo. Ella me mostrará la carta de vuelta y la perderé. No quiero que me pase lo mismo que a Juan.

—Puede que no sea así. ¿Por qué no le preguntas si tiene pareja? Así sales de dudas. Si no la tiene, puedes quitarte la máscara. Quien no arriesga, no gana.

—No sé, lo pensaré, Skull.

—Hazlo, Snake —le digo, pues es el apodo que utiliza en la mansión, el único lugar donde podemos desinhibirnos sin vergüenza, miedo, sin tener que dar explicaciones a nadie.

No pasa mucho hasta que vamos hasta las duchas y converso un poco con Juan, quien está algo deprimido desde que le pasó lo que jamás quiso que pasara.

Juan se enamoró de uno de los visitantes a la mansión. Estuvieron como cinco meses. Juan se enamoró de aquel chico y cuando se quitó la máscara el chico lo rechazó y se fue, pero eso no fue lo peor de todo.

Resultó que el chico era nada más y nada menos que su vecino, que se encargó de divulgar por doquier que Juan era, literalmente, un “maricón”.

Eso ha destrozado no solo a la familia de Juan, muy tradicional, sino que también el vecindario lo mira y cuchichea a sus espaldas y eso a él lo está matando. No me extraña.

—¿Cómo estás, Juan?

—Estoy algo mejor. Me importa bien poco lo que piense la gente, pero sí lo que piensen mis

padres. Quería decírselo de otro modo porque mi padre es propenso a los infartos y ya están mayores.

—Entiendo.

—Pero bueno, han comprendido lo que ocurre y solo quieren mi felicidad. Así que estoy mucho mejor, porque lo que más me importa es la opinión de mis padres.

—Ya sabes que yo te apoyo y puedes contar conmigo para lo que sea.

—Gracias, tío.

No tardo mucho en volver a casa, justo cuando me suena el busca. Ya me están reclamando, no saben vivir sin mí. Miro la hora, en realidad quería descansar algo antes de ir a trabajar.

Pero va a ser que no. Doy media vuelta con la moto y me encamino al trabajo. Aparco en el estacionamiento bajo el edificio y subo por las escaleras hasta la planta cero, donde fijo y saludo a todo el personal.

—¿Qué tenemos? —pregunto.

—Accidente de coche. Madre e hijo. La madre está estable, Jorge está con ella. El niño está muy mal.

—¿Está el quirófano preparado?

—Sí. Están subiendo al niño para allá. Tienes que hacerlo tú, nadie más se atreve.

—No te preocupes, yo me encargo. Gracias.

—A ti, lindo.

Me subo al box dos, que es donde se encuentra el niño y me lavo las manos mientras me colocan la bata y después los guantes. Entro en el box y cuando veo como está el panorama, suspiro.

Joder. Está mal no, lo siguiente. Está destrozado. Ni el mejor cirujano plástico podrá arreglarlo. De momento, vamos a intentar salvarle la vida y cuando pueda estabilizarlo, ya veremos cómo le arreglamos la cara y la mano.

La operación dura siete largas horas. Yo estoy agotado, ya hasta veo borroso. Consigo estabilizarlo y hacer todo lo posible por él. Parece que todo ha salido bien y me alegro enormemente.

Pero lo peor no ha pasado, las próximas horas son cruciales para el chaval. Si supera esta noche, todo habrá salido bien, pero si algo se complica va a ser difícil volver a recuperarlo dado su estado.

Cuando salgo de quirófano y me lavo, me voy directo a la tablilla de operaciones rezando para que no me hayan puesto otra, porque estoy agotado después de esta.

Sigo sintiendo los primeros nervios como cuando era residente. Creo que nunca cambiaré. Sobre todo, cuando es un niño, la presión es más grande que cuando es un adulto.

En la planilla no aparece mi nombre, así que decido darme un pequeño respiro y me encamino a la sala Chill Out que tenemos en el hospital para descansar tras las operaciones.

Me quedo dormido en uno de los sillones y ni siquiera sé cómo, pero lo descubro cuando me despierto ante el sonido de mi teléfono móvil, que descansa en el bolsillo de mi pantalón.

Lo saco y veo quién me está llamando. Sonríe y cojo rápido la llamada, antes de que se pierda.

—Hola, Beck.

—Hola papi, ¿qué haces?

—Pues acabo de salvar a un niño bueno.

—¿Qué le ha pasado?

—Se ha chocado con un coche.

—¿Estaba jugando en el autos de choque?

—No cariño, su mamá y él han tenido un accidente.

—Pobrecito.

—Bueno, ahora ya está bien, mi princesa.

—Me alegro. Escúchame, el fin de semana que viene tienes que venir a buscarme, que no se te olvide.

—Lo sé, pequeña.

—Quiero un helado y un perrito.

—¿Un perrito? Ya sabes que no puedo tener animales. Con el trabajo que tengo apenas estoy en casa y no podría cuidarlos.

—¿Y un pez?

—Bueno, ya veremos, ¿vale?

—Vale.

—¿Qué te parece si te llevo a la feria?

—¡Síiiiiii!

—Bueno cariño, tengo que dejarte, que papá está en el trabajo y ya sabes que no podemos hablar por teléfono.

—Vale.

—Mañana te llamo, ¿quieres?

—Sí, llámame.

—Adiós, Beck, te quiero.

—Adiós, papi.

Cuelgo el teléfono y me lo guardo antes de levantarme. No sé cuánto tiempo me he quedado dormido, pero tengo que seguir trabajando o al final me despedirán.

Voy a la recepción a preguntar cómo sigue el niño después de descubrir que he dormido dos horas. La recepcionista me mira apesadumbrada y niega con la cabeza mientras un puchero se le dibuja en el rostro.

—Lo siento, doctor. Ha fallecido.

—Joder, mierda. Me cago en todo.

—De veras que lo siento.

—Gracias —no digo más. Me voy directo a la zona de urgencias.

Necesito mantenerme ocupado trabajando para no pensar en lo ocurrido, así que atiendo a más de veinte pacientes. Todos son casos fáciles de resolver, por lo que no tardo mucho en dar la solución a cada uno de ellos.

Salgo del trabajo a las nueve de la noche, más cabreado que una mona. Necesito volver a la mansión y desfogar esta ira que me consume y que después de todos estos años no he conseguido apagar.

Vuelvo a casa a darme una ducha y cambiarme. Me siento sucio y cuando alguien se me muere, todavía más.

Me duele por dentro, me siento mal, decepcionado conmigo mismo. Espero que hoy venga Carmín a la mansión, porque la necesito para que calme esta desazón.

Me pongo uno de mis trajes, con los que siempre acudo a la mansión y la máscara, que me meto en el bolsillo porque es incómoda de llevar si voy con el casco. No tardo mucho en llegar a la mansión; son las diez y media de la noche.

Aparco la moto y me pongo la máscara sin que nadie me vea. Todo tiene que ser secreto, así es

mejor, evitamos situaciones no deseadas, como le ha ocurrido al pobre Juan, que no sé si vendrá esta noche.

Fran no vendrá, eso seguro. Los domingos nunca viene su Chocolate, por lo tanto él tampoco viene. Con lo fácil que sería declararse y empezar su historia de amor lejos de aquí... Además, se ahorraría la mensualidad para poder acudir aquí, que no es moco de pavo.

Entro en el lugar y lo barro con la mirada. Carmín no ha llegado. ¿Y si no viene? ¿Y si me deja plantado? Espero que no. Me siento en uno de los sofás de la sala principal y me traen una copa sin que ni siquiera la haya pedido.

Se me van acercando las primeras chicas que llegan a la mansión. Ni siquiera las miro, no tengo ojos para ellas, solo espero a la mía. Una de ellas se me acerca y la verdad es que es mi prototipo.

—Hola guapo, ¿quieres compañía?

—¿Cómo te llamas?

—Electra.

—¿Es tu nombre real?

—Por supuesto que no, no soy novata. ¿Y tu nombre?

—Skull.

—¿Y qué haces aquí tan solo?

—Espero a alguien.

—Yo podría ser esa alguien, si tú quisieras.

—Lo dudo, pero gracias. La verdad es que tengo algo en mente y quizá me vengas bien, pero no hoy.

—Lo siento chato, pero igual no me vendrá bien cuando a ti te parezca, yo no soy segundo plato de nadie —Electra se levanta y se marcha a la barra mientras yo le doy otro sorbo a mi copa.

No me importa mucho lo que piense o sienta. He aprendido a ser algo egoísta, porque como a nadie le importa lo que yo piense o sienta, a mí tampoco me importa lo que ellos piensen o sientan.

Acabo la copa y la dejo sobre la mesa antes de encaminarme a mi sala. La mansión ya está medio llena y se escuchan los primeros gimoteos por el deseo infligidos en las diferentes salas.

Carmín no aparece por ningún lado y eso me está poniendo bastante nervioso. Intentaré tener paciencia, que nunca ha sido mi fuerte y a ver si aparece algo más tarde. Es casi media noche y no aparece.

Estoy cansado y ha sido un día duro y cuando salgo por la puerta para marcharme a casa me la encuentro en la puerta a punto de golpearla con los nudillos.

—Hola, Skull.

—Llegas tarde.

—Dije que vendría, no cuándo.

—Chica lista.

—¿Lo dudabas?

—No, si no, no te dejaría entrar en mi cuarto.

—¿Y a qué esperas para dejarme entrar?

—Pasa, por favor —le digo antes de que entre y cierre la puerta tras ella.

¡Que empiece el juego!



Capítulo 3: Recaída

Alexandra

Me he pasado el día en la playa. Hacía años que no podía ir, pero hoy no tenía a mi hija, la casa estaba limpia y no tenía que ir a trabajar. Era el día perfecto para poder broncearme, refrescarme y relajarme.

Miro a mi derecha y veo a Chloe, que se ha venido conmigo a la playa. Nos hemos tomado ya como cinco mojitos por el calor y ya no sabemos distinguir entre un cangrejo y una gamba.

Pero creo que está mutando a una de esas dos cosas, porque está más roja que el punto de la bandera de Japón. Intento zarandearla para despertarla, porque está tan dormida que hasta se le cae la baba en la toalla.

—Chloe, despierta. Estás más achicharrada que una chuleta en la barbacoa —parece que con el grito parece despertarse y mete un chillido cuando ve lo quemada por el sol que está.

—Mierda, cómo arde y duele. Vámonos a casa, porfa.

—Vale —recogemos las cosas y nos dirigimos al coche.

Una vez las cosas en el maletero y nosotras listas dentro del coche con el cinturón puesto, pongo rumbo a casa de Chloe. No le he comentado que finalmente esta noche voy a ir a la mansión.

Quiero volver a verlo y no lo voy a negar, pero no tengo ropa decente para poder ir al lugar. La verdad es que me sabe mal, ya me dejó ropa la otra vez, pero prometo compensarla o darle días de fiesta, sobre todo para que se disimule el tono a gamba.

—Chloe, necesito pedirte otro favor.

—Claro, dime.

—¿Me podrías dejar otro vestido? Ya sé que me prestaste uno ayer, pero se me manchó y no tengo nada para ir hoy a ver a Skull.

—Vaya, al final has caído rendida a sus pies.

—No te equivoques, solo quiero disfrutar el momento, pero no te me emociones. En realidad, es un poco arrogante y si no fuera por esa voz ronca y rasposa, no me interesaría tanto.

—Sea como sea, te empapa la almeja y eso está bien. Seguro que no me quieres devolver el vestido porque lo has puesto húmedo de cabo a rabo —niego, pero miento. No sabe lo acertado que ha sido ese comentario.

—Bueno, ¿me lo vas a dejar o no?

—Que sí, tonta, pero me debes dos.

—¿Por qué dos?

—Una por los vestidos y otra por hacer que conocieras a Skull.

—Está bien. Oye, ¿cómo se llama el tuyo?

—Snake.

—¿Serpiente?

—Sí, no sé. Los apodos que se ponen a veces son de lo más raro.

—Pues anda que el que me han puesto a mí. Carmín. ¿Te lo puedes creer?

—Supongo que te miró los labios y se le ocurrió —me encojo de hombros. A saber...

Escojo uno de los vestidos más bonitos del armario de Chloe. A este paso y como esta noche siga el curso de la de ayer, voy a tener que llevarlos a la tintorería, a ambos. Pero bueno, que me quiten lo bailado.

Cenamos juntas. Pedimos una pizza mientras Chloe se ducha y se echa Aftersun y yo me maquillo tras ducharme también. Ya solo me falta vestirme, pero si voy a comer pizza prefiero vestirme luego, no quiero arriesgarme a mancharme.

Tras la cena y la charla, veo que se nos echa el tiempo encima. Casi es medianoche y yo estoy aquí de cháchara. Debería ir ya a la mansión y no estar mucho tiempo. Mañana hay que ir a la oficina y la jefa de planta no puede llegar tarde, nunca.

—Gambita mía, mañana tienes el día libre para que no me vengas a la oficina como un extraterrestre.

—Muy graciosa... Agradezco la fiesta. Así me recuperaré un poco, que apenas llevo ropa porque el simple roce me hace ver las estrellas.

—Cuidate. Nos vemos el martes. Y, por cierto, gracias por el vestido —le guiño el ojo y le tiro un beso antes de salir por la puerta con sus tacones, su vestido y su bolso.

Esta vez no me he puesto ropa interior, porque sé que a él le gusta más así. ¿Desde cuándo soy una mujer complaciente y obediente? Nunca lo he sido, pero a mí no me molesta y a él lo excita, ¿qué mal hacemos?

Tomo un taxi para ir a la mansión y cuando llego, tras enseñar la carta negra de as de corazones con el lazo lila, entro en el lugar y voy directa a la sala de ayer, donde sé que estará o espero encontrarlo allí, porque a simple vista no lo veo por ningún lado.

Me coloco bien el pelo e inspiro profundamente antes de colocarme frente a su puerta dispuesta a golpearla con mis nudillos por si está ocupado con otra chica y molesto, cuando la puerta se abre sin que ni siquiera pueda golpearla.

—Hola, Skull —lo saludo.

—Llegas tarde.

—Dije que vendría, no cuando.

—Chica lista.

—¿Lo dudabas?

—No, si no, no te dejaría entrar en mi cuarto.

—¿Y a qué esperas para dejarme entrar?

—Pasa, por favor —me dice antes de que entre. Cierra la puerta tras de mí y yo me siento, como ayer, en la silla-sillón que se encuentra en el centro de la sala. Hoy le he cogido otro de los antifaces a Chloe y sé que lo ha notado.

—Aquí me tienes, como prometí.

—Esa máscara no es tuya, es de Chocolate.

—¿Te refieres a...?

Omito decir el nombre. Es una de las reglas del lugar y no quiero exponer información de mi amiga gratuitamente. Me imagino que su apodo será Chocolate, así que simplemente asiento.

—¿A...?

—Ella es amiga mía, es la que me trajo aquí.

—Se lo agradeceré, entonces, porque por ella te he descubierto.

No digo nada más. Simplemente espero que me ponga el pañuelo de seda cubriendo mis ojos, como hizo ayer, pero no lo hace. ¿A qué se supone que espera? No entiendo nada. ¿Es que hoy quiere otro tipo de juego diferente? Con él cualquier cosa es posible.

—Ya sabes que para mí es muy importante el desarrollo de los sentidos, sobre todo ligados con el sexo. Potencian todo tipo de sensaciones. ¿Te gustó el otro día como jugamos con el del oído? —asiento.

—Sí, la verdad es que me gustó bastante.

—Hoy vamos a jugar con el olfato.

—Vale.

—Quiero que te tumbes en la cama boca abajo sin ropa alguna y te cubras con la sábana de cintura para abajo. Mientras tanto voy a ir a por un par de cosas que necesito. Espero que para cuando vuelva ya estés lista o me enfadaré.

—Que sí —qué pesado.

—Cuidado con el tonito, Carmín.

—Cuidado con la calaverita, Skull, no vaya a ser que se te rompa por el peso de la arrogancia.

Sale de la sala con cara de pepinillo y yo me saco el vestido y el bolso, dejándolo en la silla donde ayer me senté antes de que me indicara otro lugar.

Me dejo los tacones, creo que eso lo enloquecerá, es lo que les pasa a todos los hombres. Ven una mujer desnuda con unos tacones y se les salen los ojos de las órbitas, y lo que no son los ojos, también salen y se endurecen.

Así que me tumbo boca abajo en la cama y me cubro con la sábana, a excepción de los tacones, para no mancharlas. Espero que no tarde mucho o me dormiré, porque la verdad es que esta cama es de lo más cómoda.

No tarda mucho en volver, pero ni siquiera lo miro, en verdad quiero que sea una sorpresa. Lo único que cubre mi cuerpo es un pedazo de sábana, el antifaz y los tacones, cosa que hace que Skull emita alguna que otra palabra.

—Mmm, qué rica estás así desnuda y expuesta ante mí. No sabes lo que me gusta que te hayas dejado los tacones para provocarme —lo sabía, eso no falla, nunca.

—Me alegro de que te guste lo que ves.

—Ahora te va a gustar a ti lo que huelas, créeme.

—Ya veremos.

Siento otro peso en la cama, que baja un poco de su posición ideal, lo que indica que Skull acaba de subirse al colchón. La verdad es que estoy nerviosa y a la vez ansiosa por lo que pueda pasar a continuación.

—Gira la cara, para que pueda acceder a ella y pueda darte a oler las cosas que deseo —lo hago y él sonrío satisfecho porque sus órdenes son cumplidas.

Es entonces cuando acerca a mis fosas nasales un frasco y me pide que lo huela profundamente. Yo lo hago y, aunque no tiene un olor delicioso es algo que marea y que hace que tu cabeza viaje en una nube.

—¿Qué se supone que es eso?

—Solo es un poco de mi mezcla especial: Eau du sex.

—Ajam —y digo eso porque no tengo idea de lo que dice ni a qué se refiere.

—Solo es una mezcla de los olores que resultan más excitantes: jazmín, canela, sándalo, jengibre, vainilla, rosa, lavanda y un ingrediente secreto que no te diré.

—Vale.

—Ahora relájate y silencio.

Sus suaves manos acarician por primera vez mi piel y mi cuerpo se estremece por completo, como si las reconociera. Me muerdo el labio con más fuerza de la que me gustaría cuando sus manos empiezan a deslizarse por toda mi espalda.

Lleva una especie de aceite en las manos que extiende allá donde estas van. Es tan relajante y a la vez excitante. No dejo de esnifar ese líquido delicioso que Skull me ha dejado y el masaje se vuelve una locura.

Estoy en el limbo, todo da vueltas mientras las manos de ese hombre se concentran en mis piernas y me hacen soltar algún que otro jadeo, hasta que siento su nariz pegada a mi pelo y cómo inspira mi aroma.

Está muy duro, lo siento en mi trasero, donde se ha sentado para masajearme.

Sus manos masajean entonces mis costados con ese aceite aromático que también yo estoy oliendo de vez en cuando. Me estoy humedeciendo por momentos y mis pezones se endurecen como rocas mientras intento disimular para que no se dé cuenta.

Sus manos acarician con pericia el lateral de mis pechos y cierro los ojos imaginándome que no es solo el costado, sino que me está tocando de las maneras más obscenas posibles mientras lo cabalgo como una yegua desbocada.

Mi mano baja y acaricia el ardor que siento en mi entrepierna sin poder evitarlo y yo suelto un gemido ronco. En este momento me importa bien poco si se da cuenta de que me estoy tocando, yo solo quiero volar mientras este me enloquece.

—Date la vuelta —sus palabras me sacan de mi ensoñación y hago lo que me propone, dejando mis pechos al descubierto.

Coge una rosa y me la hace oler antes de que esta acaricie mi cuello y baje hasta acariciar uno de mis pechos y descansar en mi pezón derecho mientras Skull me mira a los ojos, en los suyos veo hambre, la misma que deben reflejar los míos.

Viaja al otro pecho con la rosa y hace lo mismo mientras yo humedezco mis labios pasando mi lengua por ellos y provocando una sacudida de su sexo, ahora pegado al mío.

Continúa el camino de la rosa entre mis pechos, pasando por mi vientre, deteniéndose en mi ombligo para acariciarlo con los pétalos antes de retirar completamente y bajar más aún la rosa hasta empaparla con mi humedad.

Ahora sí que me muerdo el labio mirándolo, expectante por lo que va a hacer. No deja de mirarme en el proceso mientras acaricia los labios de mi templo, como él lo llama, para después oler la rosa y llevarla a mi nariz mientras él todavía se deleita con el olor a mi humedad, que se le ha quedado en las fosas nasales, impregnándolo todo.

Huelo mi propia excitación y eso hace que todavía me excite más. Quiero tocarme, necesito tocarme si no lo hace él. No puedo quedarme así, no quiero quedarme así. Lo miro como una niña buena.

—Tócate y córrete para mí —me dice como si me hubiese leído la mente y yo hago lo que me pide.

Acaricio mi clítoris. Primero con una fricción pausada, suave, pero cuanto más se acrecienta mi deseo, más rápido van los dedos mientras lo miro presa por la lujuria que se ha apoderado de mí y de mi cuerpo.

Grito como pocas veces he hecho en mi vida cuando llega un orgasmo desolador que arrasa con todo lo que se encuentra a su paso y hace que me tiemblen hasta las pestañas. Él se deleita mirándome con un deseo en los ojos difícil de contener.

—Por todos los dioses.

—No, preciosa, los dioses no han tenido nada que ver, solo ha sido por ti y por mí. No lo olvides.

Veo que abre uno de sus cajones y saca una pequeña toalla de bidet para limpiar la humedad que acaba de dejar el placer antes de dejarla en el suelo para que la retire el personal de la mansión.

—¿Volveré a verte el viernes, Carmín?

—Reza a esos dioses que dices no tienen nada que ver y espero que esta vez se alineen y tengas suerte de que venga.

—Te gusta buscarme, ¿eh?

—¿Sabes por qué? Porque siempre te encuentro.

—Encuentra el viernes, diabla, y verás lo que te esperará.

No contesto, solo salgo de la sala una vez me visto, como ha hecho él segundos antes. Creo que se ha sorprendido que a mis casi cuarenta años tenga un cuerpo que no está nada mal, y no es porque vaya al gimnasio o coma poco, sino que es todo genética, al cien por cien.

Vuelvo a cada en el taxi y cojo mi coche para ir a buscar a mi pequeña. La verdad es que es bastante tarde. Me sabe fatal, pero para una vez que salgo en cinco años no voy a pedir perdón hasta la extenuación.

Llego a casa de mi hermano Cristian y ya salgo del coche con cara de perdóname la vida y las manos a lo rezo. Es la una y media de la madrugada, pero él siempre está despierto, es como un búho.

—Perdona, hermanito, se me ha ido el santo al cielo.

—Más que el santo, el tiempo.

—Ese también.

—Bueno, no pasa nada. Está dormida en la cama de la habitación de invitados. Te la traeré — asiento con una sonrisa de disculpa en los labios.

No pasa mucho tiempo hasta que baja con Rebeca en los brazos y la coloca en la parte de atrás del coche con el cinturón. Ella debe de estar como un tronco porque no se entera de nada y sigue frita.

Cuando llego a casa, la meto en la cama antes de ir a darme una ducha. En unas horas me tengo que levantar para preparar a la princesa y llevarla al cole.

Cierro los ojos una vez me he quedado más limpia que una patena y me relajo para poder descansar, pero tengo la sensación de que no he dormido ni cinco minutos, cuando suena el despertador para que me espabile.

No tardamos mucho en salir de casa. Ambas vestidas, desayunadas, listas. Nos subimos al coche y ponemos rumbo a la escuela. Los lunes siempre se nos hacen un poco cuesta arriba a ambas, pero siempre intentamos mantener una actitud positiva.

La verdad es que estoy de muy buen humor, y en parte es porque anoche la verdad es que lo disfruté. No es nada parecido a lo que haya hecho antes. Para mí todo esto es nuevo y me gusta, me gusta mucho.

Nos acercamos a la puerta cogidas de la mano y cuando la dejo ir para que entre en la escuela, se choca con Oliver, uno de sus compañeros de clase, con el que no se lleva muy bien, para qué

nos vamos a engañar.

—Vaya choque que se han dado nuestros hijos.

—Pues la verdad es que sí.

—Hola, Alexandra.

—Hola, Samuel —digo al padre de Oliver.

—¿Cómo estás?

—Pues ya sabes, como siempre. ¿Y tú?

—Pues igual —y la verdad es que esto me parece una conversación de besugos.

—Me alegra saberlo.

—Oye, ¿te gustaría salir a cenar esta noche? —vaya, la conversación de besugos se ha vuelto radicalmente distinta.

—La verdad es que me ha sorprendido mucho esta invitación —digo sin saber qué decir y sin creérmelo.

—Llevo bastante tiempo queriendo invitarte a una cita, pero no lo he hecho porque pensé que todavía estabas dolida por la separación con tu marido. Me ha armado de valor ahora que ya ha pasado bastante tiempo de lo ocurrido.

—Entiendo —la verdad es que puede ser algo diferente y agradable. No es que vayamos a hacerlo como conejos, solo es una cena.

—¿Entonces qué dices?

—Puede ser interesante. Está bien. ¿Cena en mi casa el sábado que viene a las nueve? Este no puedo.

—Me parece perfecto.

—Tráete a Oliver, a ver si conseguimos que esos dos se lleves bien.

—Lo haré, aunque creo que es misión imposible.

—Quién sabe. A veces un simple aleteo de una mariposa puede crear tu terremoto. Quizá nuestro empujón pueda crear una amistad.

—Perfecto entonces. Nos vemos en tu casa a las nueve el próximo sábado. Adiós.

—Adiós, Samuel —le digo antes de despedirme y subirme al coche.

Por suerte no es la primera vez que viene a mi casa. Era amigo de mi exmarido y a veces venían a ver partidos juntos, cerveza en mano, cuando yo estaba en la oficina. Así que no hace falta ni que le dé la dirección ni que le mande la ubicación.

Quién me iba a decir que hoy, después del orgasmo arrebatador de ayer, me iba a salir una cita inesperada. He pasado de tener una vida de lo más monótona a una de lo más agitada e interesante. ¿Quién da más?

Me voy derecha a la oficina. Como hoy no viene Chloe a trabajar, ya que a doña gamba le di el día libre, me tengo que comer mi trabajo y el suyo, así que me espera un día bastante ajetreado.

—Lucas, ¿cómo va el programa informático para la empresa Cartier?

—Me quedan apenas un par de días para poder completar el programa que les permitirá una seguridad inquebrantable. Solo dame dos días, jefa, y lo tendré listo.

—Te doy uno y medio. El cliente tiene prisa. Cada hora que pasa sin el programa, su sistema es vulnerable. Si no te ves capaz, se lo pasaré a otro.

—No te preocupes, lo tendré a tiempo —me dice y la verdad es que lo agradezco.

He aprendido ya hace un tiempo que a veces hay que presionar un poco a la gente para que den lo mejor de sí mismos. Cuando te dicen que pueden hacerte algo en un par de días, es que lo pueden hacer con menos.

Y eso no mengua la calidad de las cosas, al contrario, hace que el personal esté más concentrado en el trabajo para que salga con mayor rendimiento y calidad posible. Más o menos como en las relaciones, para qué nos vamos a engañar.

Me siento en la mesa y me pongo a trabajar por Chloe y por mí. Mando más de doscientos emails a clientes. Hacemos un seguimiento semanal para saber si todo funciona correctamente y su seguridad sigue siendo óptima.

Me arden los dedos de tanto escribir, pero ha merecido la pena. Son las seis de la tarde y cojo el coche para volver a casa. Sé que la niñera, como todas las semanas, ha recogido a mi pequeña, así que no estoy preocupada.

No tardo mucho en llegar a casa. Tras pagar a la chica, Linda, me pongo a jugar con mi pequeña un rato antes de hacer la cena. Skull ronda por mi cabeza más de lo que me gustaría, pero solo va a la mansión los fines de semana y, la verdad, no puedo estar pensando contantemente en él.

Solo es un tío con una máscara que se dedica a excitar a las chicas que entran en su habitación particular. No puedo permitirme que me afecte, que lo desee o que simplemente me muera de ganas de que llegue el fin de semana.

Así que voy a intentar sacarlo de mi mente y veremos a ver qué me depara el viernes, si es que me acerco a la mansión. Bueno, no nos engañemos, me muero de ganas de que llegue el viernes, pero ¿quién no?



Capítulo 4: Frustración

Skull

Ya es viernes, se me ha hecho eterno. Solo tengo en mente a Carmín. Es como una droga que necesito probar una y otra vez. No me la saco de la cabeza y eso es malo. En todos los años que llevo en Ícaro, la mansión donde todo es posible, nunca me ha ocurrido algo así.

He trabajado en el hospital como un loco para mantener la mente ocupada, he trabajado más horas que un reloj, aunque no me tocaban por mi horario laboral, pero todo ha sido en balde.

No quiero tocar a ninguna otra, solo la deseo a ella, y vivir esta situación me mata. No quiero que nadie, sea hombre o mujer, tenga ese poder sobre mí, es algo que no me gusta nada.

Hoy he quedado en ir a ver a mis padres antes de marchar al hospital. Me he levantado tarde, son las cuatro y ni siquiera he probado bocado. No importa, la verdad es que no tengo mucha hambre.

Lo que tengo son nervios, y muchos, esos nervios que hacen que se te haga un nudo en el estómago que no te permita comer o hacer otra cosa que no sea pensar en la maldita Carmín, que me va a volver loca.

Llego a la puerta de casa de mis padres y estos salen a saludarme con un cálido abrazo. Ellos son mi pilar, lo único que me queda junto con Beck. Los abrazo con cariño y pronto entramos en casa para no tostarnos bajo el sol abrasador.

—¿Cómo estás, cariño?

—La verdad es que podría estar mejor.

—¿Y eso?

—Ha sido una semana dura, mamá. Pero ya es viernes, y como siempre, toca descansar. Es lo que tiene ser jefe de cirugía. Te montas mejor los horarios que otras personas.

—No eres tú listo ni nada —habla ahora mi padre.

—Por eso he trabajado tan duro y me he comido tantas guardias, papá, para poder disfrutar ahora un poco más de la vida.

—Claro que sí, hijo, te lo has ganado con creces.

—¿Has comido? —pregunta mi madre.

—La verdad es que no. Tengo un nudo en el estómago y me es imposible ingerir nada.

—Ui, eso es que estás enamorado —suelta la belleza de la casa.

—Ni de lejos mamá, yo ya no hago esas cosas. Mi corazón ya no sabe hacer eso. Soy un autómatas, ya lo sabes. El único amor que siento es por mí mismo y por Beck, no lo olvides.

—Lo que tú diga, pinocho. Anda, que te voy a preparar algo de comer.

—Gracias, mamá.

Me como un estofado a regañadientes. Estoy seguro de que se me va a repetir durante horas, pero nadie puede hacerle un feo a mi madre, es un ángel, y cuando te da algo es como el regalo más bonito de la vida, no puedes decirle que no.

Es hora de ir a trabajar. No tengo muchas ganas, pero así me mantendré ocupado y las horas se pasarán más rápido para poder ir a la mansión a las once de la noche y con suerte ella ya estará allí esperándome.

El trabajo pasa rápido. Tras un par de operaciones de tres horas cada una y alguna que otra consulta en urgencias, salgo y cojo la moto para volver a casa y poder cambiarme de ropa tras una ducha.

Estoy más que listo. Llego unos tejanos negros ajustados y una camisa blanca, abierta por el cuello. No intento ponerme decente para que las mujeres de la sala me deseen, sino para provocar a mi Carmín, volverla loca de deseo y que no quiera dejarme jamás.

Yo que me quejaba de Juan, y al final también voy a caer yo en el juego de la vida, y la verdad es que es un riesgo que puede tener consecuencias negativas, pero quien no arriesga no gana y yo soy de arriesgarse y de ganar.

Ya no queda nada para llegar a la mansión y estoy como un flan. No veo el momento de volver a verla. Entro y me siento en uno de los taburetes de la barra. Sol se acerca a mí, fue una de las chicas con las que jugué el año pasado.

—Hola Sol, ¿qué tal estás?

—Mejor, ahora que te tengo cerca. Y ¿qué te parece si te tengo más cerca?

—Estoy con Carmín y no tengo intención de dejarla escapar.

—Es nueva y mojigata. Sabes que no va a salir bien. Tú necesitas mucho más.

—Puede que necesite mucho más y ella todavía no sepa cómo dármelo, pero no te preocupes, la enseñaré para que pueda hacerlo. Lástima que tú supieras demasiado y se lo enseñaras a escondidas a medio Ícaro.

—La verdad es que fue de lo más placentero, no te engañaré. Tus clasecitas me sirvieron bien e hicieron que consiguiera una habitación por ello. Gracias, lindo.

—El aparente triunfo no dura eternamente, Sol.

—Lo aprovecharé entonces. Gracias por el consejo, que te diviertas. Si te pica entre las piernas, ya sabes en qué habitación puedes encontrarme.

—Antes que ir a tu cuarto, me voy al infierno a bailar a lo Prince.

—Ojalá pueda pagar para ver eso —me dice mientras se aleja para meterse en su cuarto, chasqueando con los dedos al entrar para que uno de sus sumisos la siga.

Ni siquiera me paro a ver quién es, me importa menos que nada. Conozco a todas y cada una de las personas habituales del Ícaro, por eso no me sorprende cuando sea quien sea entra en su cuarto a por un poco de dolor, pero la verdad es que me trae sin cuidado su identidad.

Ella era complicada, un dolor de cabeza que ni la mejor medicina podía solucionar, pero era atractiva y muy parecida a mi musa. Y después apareció Carmín.

Si bien es cierto había acabado con Sol hacía meses, el hecho de conocer a Carmín fue como volver a vivir una segunda juventud.

Ella era la novedad y mi prototipo de mujer, aunque había algo que no acababa de cerrar en ella.

Quiero conocerla, ver sus límites, lo que tiene para ofrecer, lo que está dispuesta a dar y recibir. Y puede que me sorprenda, para bien o para mal, pero quiero arriesgarme y quién sabe...

Ya son las dos de la mañana. Me he tomado medio bar y ella sigue sin aparecer. No va a venir,

a estas horas ya es técnicamente imposible que aparezca, por no hablar de que la mansión cerrará en breve.

Me tomo la última y salgo por la puerta antes de ponerme el casco y subirme a la moto en dirección a casa. Estoy cabreado, irascible, estoy que echo humo. La verdad es que estoy decepcionado, me ha dejado plantado y eso traerá consecuencias.

Llego a casa y me meto directamente en la cama tras quitarme la ropa. Espero que unas horas de sueño arreglen la mala leche que me ha entrado. Cierro los ojos y dejo que el cuerpo se relaje.

Me levanto pronto y voy a buscar a Beck. Le prometí que pasaría el fin de semana con ella y, aunque también quiero volver a ver a la mujer que me ha dado plantón, mi prioridad es mi Beck.

No tardo mucho en plantarme en la puerta de la casa de su madre. La verdad es que es el motor de su vida. Si no fuera por ella no habría podido mantenerme cuerdo todos estos años.

—Hola mi cucurucho de coco.

—Hola papi —corre a abrazarme.

—¿Cómo está la sirenita más colorida?

—Pues muy bien. Preciosa, como siempre.

—Me alegra saberlo. ¿Nos vamos a la feria a por ese pez?

—¡Sí! —grita dando palmas al aire.

—Pero el pez lo traes a casa, no quiero que se me muera en el piso —suficiente tengo con que se me mueran pacientes...

—Espero que mami me deje.

—Mami te deja —alzo la vista y veo a la que una vez fue la mujer de mi vida, ahora un borrón del pasado.

—Hola —busco ser cordial.

—Buenos días —me contesta tajante.

Cojo la pequeña mochila de Beck y la meto en el coche antes de hacer lo mismo con mi princesa, en la silla de los Minions que tiene exclusiva para ella y le pongo el cinturón. Cuando ya estamos listos, me subo en el asiento del piloto y bajo la ventanilla.

—¿Te va bien si la traigo el domingo por la tarde?

—Sí, no hay problema. Que no coma cosas fuertes, anoche se pasó más de dos horas con vómitos y diarrea.

—Claro, cómo no —la veo entrar en casa sin decir adiós y yo arranco el coche que solo uso para cuando estoy con mi pequeña, si no la moto es mi mejor aliada.

La miro sonriente por el espejo interior y la veo jugando con uno de sus peluches. La verdad es que la feria no abre hasta la tarde, así que tenemos toda la mañana para estar juntos haciendo cosas.

—Beck, cariño, ¿qué te apetece hacer?

—¿Vamos al parque un ratito?

—Claro, donde tú quieras.

—Pues podemos ir al parque y comer un helado y luego a la feria a por el pez.

—Trato hecho.

Me encamino entonces al parque. Lo único que quiero es hacer feliz a mi hija. Así que pronto nos plantamos frente al parque que más le gusta. Aparco en zona azul y pongo el tique antes de sacar a mi niña y que me arrastre hacia la heladería de la esquina.

Entramos dentro y mi niña se vuelve loca. No sabe qué es lo que quiere, o quizá lo que sabe es que lo quiere todo. Finalmente se acaba pidiendo una tarrina de tres bolas: una de nube de

algodón, otra de fresa y otra de coco.

Yo, por el contrario, me tomo también una tarrina de tres bolas, pero en este caso de crema catalana, de mojito y de coco también, ahí coincidimos. Ahora, más contentos que unas castañuelas, nos vamos directos al parque para disfrutar de la mañana.

Se tira por el tobogán, la empujo en el columpio, se monta en el tiovivo, nos montamos juntos en el balancín y decenas de juegos más mientras veo como mi chiquilla se lo pasa de lo lindo con los juegos.

Comemos en un restaurante chino a petición de la princesa de la casa y después nos vamos de cabeza a la feria. La verdad es que ahora mismo me echaría una siesta, pero parece que Beck tiene otros planes.

Lo primero que me pide es algodón de azúcar, pues a mi hija le gusta más el dulce que a un tonto un lápiz.

Carmín no se me ha pasado ni un momento por la cabeza desde que estoy con mi pequeña y la verdad es que lo agradezco, porque al final no deja de ser una tortura, dulce sí, pero una tortura, al fin y al cabo.

Se sube en una especie de toros mecánicos, que más que toros, parecen vacas mal pintadas, y se cae en el acolchado más de diez veces mientras dura la atracción, entre risas y gritos de júbilo.

Luego decide que quiere apaciguar un poco la adrenalina del momento y se va a pescar patos. Supuestamente cada pato tiene un color en la parte del agua, la que está cubierta y no ves.

Mi pequeña empieza a pescar patos, hasta diez, que es lo que he pagado. Cuando les dan la vuelta hay cinco sin color, lo que significa que te ha tocado un mojón.

Dos de ellos son rojos, lo que equivale a dos puntos. Hay dos amarillos que valen cinco puntos y el último es azul. Ese vale cincuenta puntos. Mi niña baila de alegría mientras aplaude.

—¿Qué regalo quieres, preciosa? Puedes escoger entre los más grandes.

—¿Tiene peces?

—No, no tengo cariño. Lo siento.

—Pues quiero esa barbie del vestido azul.

—Marchando una barbie para la más bonita de la feria.

—¿Qué se dice? —pregunto a mi niña cuando le entregan la muñeca.

—Gracias, señora.

—No hay de qué, angelito.

Ahora, cargando yo la muñeca porque Beck se ha cansado de llevarla, vamos a la siguiente atracción. Los autos de choque para niños pequeños con sus padres o madres. Me subo con ella y nos ponemos el cinturón antes de que la alarma nos dé la señal.

Cuando lo hace y la música empieza a sonar, aprieto el acelerador y salimos disparados de un lado a otro mientras controlo el volante. Mi princesa está más que emocionada y yo enamorado de verla feliz.

Pasamos una tarde maravillosa hasta que llegamos a la parada de los dardos y Beck grita cuando ve que el precio mediano es un pez. Había rezado para que no hubiera peces en la feria, sobre todo porque llevarlo en el coche es peligroso.

Mi niña tiene tendencia a que se le derramen los líquidos y que se lleven en bolsas no ayuda. La verdad es que no sé cómo voy a poder ganar a los dardos. Tengo mucho pulso en las operaciones y soy bastante bueno, pero precisión al lanzar no es uno de mis fuertes.

—Cariño, es que papi es una patata para tirar dardos.

—Porfa, papi, quiero un pez. Por favor.

—Bueno, lo intentaré, pero no prometo nada.

—Gracias.

Me gasto más de treinta euros en el maldito pez, aunque bueno, quizá el maldito soy yo, que no doy ni una. Al final no es que gane nada ni explote los globos para llevarme el premio, sino que le pago al feriante para que me lo dé y punto.

A veces es mejor no hacer el ridículo para conseguir la felicidad de tu hija y cometer un pequeño delito como comprar el propio regalo en vez de ganarlo.

No tardamos mucho tiempo en volver a casa de mis padres. Les prometí que llevaría a mi niña para que pudieran estar ellos también con ella.

Como ya me imaginaba, parte del agua de la bolsa cae en el coche, así que decido parar en una tienda de mascotas para comprar una pecera y comida para el nuevo integrante de la familia.

Una vez en casa de mis padres, salimos del coche y yo cojo la bolsa con el animal, no vaya a ser que salga rodando por el suelo y que yo sepa todavía no saben respirar fuera del agua ni hacer la croqueta.

Mis padres abrazan a su nieta con efusividad y entran para prepararle la cena antes de que pueda entrar yo y prepararle el nuevo hogar a Nemo, que es como Beck ha preferido llamarlo.

Cuando ya hemos cenado y mi hija está medio dormida en la cama subo a contarle un cuento, que no acabo de contarle, puesto que a la mitad está más dormida que un koala. Salgo de su cuarto tras apagar la lámpara de la mesita de noche y me acerco a sus padres.

—¿Podrías quedaros con ella unas horas? Tengo una urgencia en el hospital y es importante.

—Claro hijo, ve tranquilo.

—Gracias. Volveré antes de que os deis cuenta.

—Vale. Que vaya bien, cariño.

Y me siento la peor persona del mundo por mentir a mis padres, porque no es al hospital a donde voy, sino a la mansión Ícaro porque, aunque Beck me ha hecho olvidarme de todo gran parte del día, la imagen de Carmín ha vuelto a mi cabeza y no quiere soltarme.

Espero que esta noche no me falle y venga al Ícaro, o de lo contrario tendré que decidir si me compensa todo esto, si se me ha ido de las manos la situación y estoy perdiendo la cabeza o si, por el contrario, puedo olvidarme de ella para no volver a verla jamás.

Me llevo una bolsa de deporte con el traje y la máscara para cambiarme allí. Cojo la moto y me pongo el casco, colgando la mochila del hombro y salgo en dirección a mi destino.

Entro por la puerta de la mansión al llegar, enseñando mi carta, por supuesto y sin quitarme el casco, no quiero que nadie vea mi rostro. Me meto directamente en mi cuarto y me cambio de ropa.

Por último, me pongo el antifaz y ya estoy lista para salir frente a todos los allí presentes. Me siento en uno de los taburetes de la barra, como ayer, y me pido una copa mientras espero a que aparezca Carmín.

—Buenas noches, Skull —alzo la mirada y la veo, aquí está, como un espejismo.

—Buenas noches, Carmín. Anoche te estuve esperando. No me gusta que me dejen plantado —respondo.

—Lo sé y lo siento. La verdad es que iba a venir, pero tuve problemas personales. Pero bueno, ya estoy aquí y he venido por ti.

—Ya está todo bien, entiendo.

—Sí, todo bien.

—Me alegra oír eso.

—Gracias. ¿Vamos dentro de tu habitación?

—¿Tienes prisa?

—La verdad es que no.

—¿Te parece que tomemos algo y hablemos?

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Lo que quieras contarme.

—Pues puedo contarte que estoy divorciada desde hace cinco años, que tengo una hija preciosa, un trabajo de mucha responsabilidad y una vida bastante monótona.

—Nunca habías venido a un sitio como este, ¿me equivoco?

—No, nunca había estado en un sitio así.

—Tienes suerte entonces en que te haya acogido en mi ala y no te hayas encontrado con algún que otro de aquí que no tendría tanta cautela.

—Yo no estoy bajo tu ala, no te equivoques. Me parecías interesante y por eso quise probar contigo, pero eso no significa que sea alguien frágil a quien proteger. Soy más fuerte de lo que parece.

—Ajam —es lo único que logro decir, parece que mis palabras le han molestado.

—¿Y tú? ¿Qué me puedes contar de ti?

—Tengo también una exmujer, una hija pequeña y un trabajo que me permite tener poco tiempo libre, por tanto, el poco que tengo lo paso aquí, en el gimnasio y con mi niña cuando el régimen de visitas me lo permite.

—¿Tú no decías que no te importaban ni el presente, ni el pasado, ni el futuro?

—Puede que me interese tu vida para entenderme mejor y a cambio te explico un poco de la mía.

—¿Es posible que nuestras hijas se conozcan o yo te conozca?

—Lo dudo y aunque nos conociéramos, yo no sé quién eres bajo esa máscara, así que mi respuesta, aunque sea afirmativa, a día de hoy sería que no.

—Entiendo.

—Bueno, basta de charlas. Ahora me gustaría entrar en la habitación. Toca explorar otros sentidos.

—Está bien. ¿Y qué se supone que vas a explorar hoy?

—El sentido del tacto es el que vamos a trabajar hoy.

—Interesante —me responde mordiéndose ese labio que yo me muero por morder.

—Pues vamos allá, ¿no?

—Sí. Ya estamos tardando —y con esa afirmación, que me asombra, pasamos a la habitación que lleva mi nombre.



Capítulo 5: Suavidad

Alexandra

La verdad es que he pasado un día tranquilo. He ido a la peluquería a darme algún que otro retoque, me he hecho las uñas de pies y manos y me he ido a dar un masaje relajante. Y, ¿por qué? Porque me lo merezco, porque ya es hora de que me cuiden también un poco a mí y no yo a todo el mundo.

Queda una semana para tener esa cena o cita con Samuel, el padre de Oliver. La verdad es que nunca había visto a Samuel como algo más que un amigo, y menos ahora que en mi cabeza solo ronda Skull, pero debo separar ya de una vez la ficción que es Skull con la realidad que es Samuel.

Hoy, sábado, es hora de calzarse los tacones e ir a la mansión Ícaro a ver de nuevo a Skull. Solo imaginarme lo que tiene planeado para esta noche se me hace la boca agua y lo que no es la boca también.

He aprovechado la tarde para irme de compras, algo que no hacía desde hacía años. Mi armario solo tiene chándales para estar en casa, playeros y trajes de oficina. Bastante soso todo.

Me he comprado más de diez trajes de fiesta en Kiabi, lo que significa que no me he gastado tanto como en otro lugar. A quince euros más o menos el vestido la verdad es que no sale nada mal.

Doscientos menos en la tarjeta y una sonrisa de oreja a oreja es lo que tengo al salir de la tienda y volver a casa. Cuando le cuente esto a Chloe va a tener que pincharse para sangrar y así poder creérselo.

¿Yo comprándome ropa sexy para un hombre que incita al mismo pecado?

Cojo el coche y no tardo mucho en plantarme en la mansión. Es sábado y está hasta los topes, pero no quería arruinarme a taxis. Acabo aparcando como puedo al lado de una moto bastante grande a la que le doy un golpe al abrir la puerta y acabo rascando al levantarla del suelo. Ups, espero que el dueño no se dé cuenta.

Entro y lo veo sentado en la barra del bar. Bueno, en la barra literalmente no, sino en uno de los taburetes. Tras saludos y alguna que otra charla inesperada, nos encaminamos a su cuarto oscuro, o como lo llamo yo, el “burdeitos”.

—Siéntate en la silla, por favor.

Lo hago y la verdad es que ya me estoy humedeciendo. Estoy más caliente que un mandril. Es esa voz, que cuando me susurra con ese tono ronco que me hace temblar, provoca una erupción de deseo en mi entrepierna.

—Así que el tacto.

—Sí, el tacto —me dice a mi espalda, colocándome como el primer día una cinta negra de seda

en los ojos, para que no pueda ver nada, solo a la propia oscuridad.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí —me contesta.

—¿No tienes calor? Tus trajes siempre son de manga larga y si no me equivoco, estaremos sobre unos treinta grados.

—No me gusta mostrar nada de mi cuerpo, solo en el cuarto.

—Vaya, nos ha salido pudoroso el chico.

—Silencio —cierro el pico. La verdad es que cuando me pongo nerviosa soy de las que suelta la lengua y habla cosas sin sentido o que no vienen a cuento.

—Lo siento.

—Hoy vamos a disfrutar del sentido del tacto como te he dicho.

—¿Vas a tocarme?

—No, vas a tocarme tú a mí, Carmín.

—Eso me empieza a gustar más de lo que confesaré nunca.

—Podrás tocar, pero no ver nada.

—¿Y si me gusta lo que toco? ¿Voy a poder ir más allá?

—Tú pones los límites de tu propio deseo, no lo olvides.

Escucho cómo la ropa va cayendo al suelo y humedezco mis labios al imaginarme lo que está a punto de pasar. No veo nada, pero estoy segura de que Skull está completamente desnudo.

Estoy nerviosa, hace tiempo que no toco a un hombre, para ser exactos, cinco años. Fue el único hombre con el que estuve, por eso tengo miedo a abrirme a nuevas experiencias, como puede ser esta.

Skull toma mi mano y me hace levantarme y me coloca frente a él, dejando mis manos descansando en su torso, que es suave como las nubes. Suspiro al acariciar sus hombros y noto que está fuerte y que se le marca alguna que otra cicatriz.

—No sabes las ganas que tenía de que fueras tú quien me tocaras y no yo a ti —me susurra al oído y hace que un escalofrío me recorra al completo.

—A mí también me gusta tocarte.

—Espero poder hacerlo yo también.

—Tienes mi permiso —acaricio su rostro, sus orejas, la nariz, los ojos bajo la máscara y me detengo en sus labios.

Están húmedos y son esponjosos. Me muero por morderlos, besarlos, saborearlos, deleitarme con el sabor, pero trato de contenerme. No se trata de lo que yo quiera en este momento, sino de seguir las reglas.

Él abre la boca mientras le acaricio el labio inferior y se lleva mi dedo a la boca, saboreándolo y succionándolo, excitándome como solo él sabe hacerlo mientras me chupa como me encantaría que lo hiciera con mis pechos o entre mis piernas.

Le da un pequeño mordisco a la punta de mi dedo antes de soltarlo y yo me deleito entonces con su espalda. Es ancha, fuerte y musculada. La verdad es que este chico tiene un porte como pocos.

Paso las yemas de mis dedos por sus brazos, demorándome para que sienta cómo rozo su piel y se le erice el vello, como me pasa a mí cuando él me susurra, algo que me vuelve loca y que se ha convertido en mi aire para respirar.

—No sabes las ganas que tengo de follarte, Carmín.

—Y yo de que lo hagas. Estos experimentos preliminares ya no son suficientes.

—Estás caliente, ¿verdad?

—Sí.

—Te has tocado estos días pensando en mí. ¿Dónde?

—En la ducha, en la cama, en el sofá, frente al espejo imaginando que mis manos eran las tuyas...

Coge mi mano y la lleva a su miembro, que está más que preparado para entrar en mi templo, que es como él llama a mi sexo. Lo tomo con la mano contraria y sonrío sin poder evitarlo.

Me chupo ese dedo que minutos antes ha chupado él y me parece lo más excitante y delicioso que he probado en mi vida. Lo bajo a su sexo y tomo una bocanada de aire. Ni siquiera era consciente de que estaba conteniendo el aire hasta que he vuelto a respirar.

Lo masajeo lentamente, de arriba abajo, acariciando la punta y humedeciéndola con el dedo, que está humedecido con mi saliva. De su boca se escapa un suspiro de placer mientras se mantiene de pie, estoico.

Pero eso dura poco, cuando la mano que ha impregnado su sexo con mi saliva, viaja a su trasero y lo amasa mientras sigo acariciando su verga arriba y abajo, provocando que se endurezca por segundos.

—Carmín, deberías parar —me susurra con la voz medio rota por el deseo, algo que me excita todavía más y es entonces cuando lo hago.

Dejo de tocarlo y, aunque se imagina que es por lo que me ha sugerido, es porque me estoy arrodillando para saborearlo. Sé que es lo que desea, aunque no me lo pida. Vuelvo a buscar su falo con mi mano y cuando lo encuentro abro los labios lo suficiente para que entre mientras siente cómo mis labios acarician su tronco de principio a fin, como carne húmeda envolviendo al completo su excitación.

Y esa punta húmeda entra entre mis labios y saboreo ese pequeño simiente que ha sido imposible retener y que me embriaga hasta el alma. Joder, está más que delicioso, es una jodida adicción.

Mi lengua sale a saludar su glándula y crea pequeños círculos en este, que presume de una extrema suavidad. Abro más los labios y dejo que entre dentro de mi boca en su totalidad, muy despacio, entre pulsaciones de su pene y humedad entre mis piernas.

Masajeo sus piernas mientras continúo con mi cometido, llevándolo al límite, hasta que, viéndose ya acorralado, me hace parar levantándome, y haciendo que mis labios deban abandonar el fruto de mis deseos y del suyo.

—Eres una niña muy mala, Carmín —me susurra ronco antes de morderme en el cuello, fuerte, como a mí me enloquece.

—No sabes tú cuanto —tomo su falo de nuevo y lo estrujo con fuerza mientras lo zarandeo para volver a ponerlo al límite.

Pero sus manos atrapan las mías y las colocan a mi espalda para que no pueda excitarlo más. Creo que si lo hago solamente un minuto más acabará derramándose sin poder evitarlo.

—Me muero por besar esa boca traviesa.

—¿Y por qué no lo haces? —la verdad es que lo estoy provocando. Estoy jugando con fuego y al final me voy a quemar.

—¿Tengo tu permiso?

—¿Acaso lo has pedido alguna vez? Además, esas cosas no se piden, se hacen.

Y entonces sin previo aviso, sus labios se fusionan con los míos y ya no veo más que esas estrellas que iluminan esos pequeños momentos de felicidad revoloteando por mis ojos cerrados.

Es una sensación extraña, como si mi cuerpo volara aun sabiendo que tiene los pies en el suelo, como si sus labios me entregaran vida, aliento tras aliento, como si se parara cada uno de los latidos del corazón para no estropear el momento con el sonido.

Cada uno de nosotros desea estar en los labios del otro, dar de beber al que tiene enfrente, al intruso que pretende arrebatarnos la bebida de los dioses de la boca del dueño de esta.

Nuestras lenguas se enredan, luchando como dos espadas en una lucha de esgrima. No queremos soltarnos. Sus manos sostienen mi cuello y rostro y la mías su cintura, fusionando nuestros cuerpos cada vez más y más.

Cuando nos separamos a regañadientes, tomamos una bocanada de aire a la vez. La verdad es que ha sido la mar de intenso y no sé a él, pero a mí me tiemblan las piernas.

Es curioso cómo el hecho de privar a alguien del sentido de la vista puede excitar tanto al cuerpo, curioso al recibir todo tipo de sensaciones y predispuesto a calentarse por cualquier situación que responda a una novedad para el propio cuerpo, como es todo esto, como es Skull.

El dueño de la habitación me quita la venda de los ojos y por fin vuelvo a ver todo lo que hay a mi alrededor. Su cuerpo vuelve a estar cubierto por los trajes de siempre. ¿Acaso es pudoroso?

Me gustaría ver cómo es su cuerpo desnudo ya que él pudo ver el mío en la visita anterior a esta habitación, aunque me imagino que en este caso no estamos en igualdad de condiciones.

—No ha estado nada mal hoy, ¿no te parece?

—La verdad es que ha sido muy interesante —le contesto.

—¿Nos vemos mañana a la misma hora?

—Perfecto, aquí estaré. Y, por cierto, no llevo ropa interior y estoy más que húmeda —le digo antes de lanzarle un beso al aire y marcharme. No quiero llegar tarde a casa, me apetece ver una película y comer helado, disfrutar un poco.

Si no me voy ahora, no podremos frenarnos, no sabremos parar. Así que creo que lo mejor es que me vaya y que corra el aire entre nosotros o seremos pura combustión.

No quiero que quememos los cartuchos demasiado rápido y que ya no nos quede nada. Si queremos que todo vaya bien y que sigamos teniendo esta tensión sexual, ese deseo, ese juego, debemos controlarnos.

Me subo en el coche y me quito el antifaz. No puedo conducir con tacones y menos con un antifaz. Si me pilla la policía estoy bien jodida.

Me quito los zapatos y arranco el motor. Veo una sombra a mi izquierda que se sube en la moto y miro disimuladamente antes de dar marcha atrás y marcharme.

No vaya a ser que se dé cuenta de que la moto se ha caído y tiene rascadas y me caiga la del pulpo. Decido hacerme la tonta, que en estos casos se me da muy bien y vuelvo en casa como si fuera una niña buena y no hubiera todo un plato en mi vida.

Tras una ducha y una película, Bridget Jones Baby, con litros y litros de helado, me voy a dormir. Mañana será otro día y he vuelto a quedar con Skull para otra de sus sesiones de sentidos.

¿Qué habrá pensado esta vez? Espero que sea el gusto porque estoy deseando comérmelo de arriba abajo o que me coma él a mí.

Ya hemos quemado los cartuchos del olfato, el tacto y el oído. Aunque la verdad es que me he adelantado y he canjeado el cupón del gusto al probarlo.

¿Será mañana el gusto o la vista? Que el destino decida.



Capítulo 6: Perdición

Skull

Sentir cómo se alimentaba de mi simiente me ha hecho perder la cordura. Me he contenido más de lo que había hecho nunca para no hacerla mía, sobre todo cuando me ha puesto en unos límites que he estado a punto de rebasar.

No puedo permitir que esto se me vaya de las manos o ambos saldremos perjudicados. Salgo hacia la moto ya con el casco puesto y me subo en la misma. Veo a mi derecha a Carmín, sin máscara.

No puedo expresar con palabras lo que he sentido, pero solo puedo decir que es una verdadera diosa. No puedo decirle que la he visto o todo se estropearía, así que decido hacer caso omiso y me voy hacia casa con mi niña.

Me meto en el garaje de mis padres para dejar la moto en un lugar cubierto y entonces veo unas rascadas enormes que me hacen maldecir a aquel o aquella que me las haya hecho. Joder, ¿se puede ser más torpe?

Ahora tendré que pintarla, me subirán el seguro... Todo problemas, maldito inútil. Le habrán dado el carnet en la tómbola. Subo a casa más cabreado que una mona y solo asomarme a la habitación de Beck y ver que duerme plácidamente me hace calmarme.

Me quito la ropa y doy una rápida ducha antes de meterme en la cama. Mañana es mi último día con Beck hasta dentro de dos semanas y quiero aprovecharlo. Debo devolverla a su madre por la tarde y no quiero desaprovechar ni un minuto.

He dejado a mi niña tras pasar un día de ensueño en el parque de atracciones de Salou. La verdad es que no hemos escatimado en nada y ha sido un día para recordar, de esos que mi princesa tendrá en su memoria cuando se acuerde de mí.

Desgraciadamente he tenido que dejarla a las siete de la tarde y he ido a casa de Fran, que me ha invitado a tomar unas cervezas y ver un partido de básquet en su casa. No soy mucho de fútbol, pero sí de básquet, qué le vamos a hacer.

—Hola, tío —sale Fran a saludarme cuando llevo y toco su puerta.

—Hola, Fran. ¿Cómo estás?

—Bien. Escucha, tenemos que hablar.

—Sí, yo también quiero hablar contigo.

—Juan está dentro. Ha llegado media hora antes que tú.

—Es que tenía que llevar a Beck a casa de su madre, por eso he tardado un poco más.

—No pasa nada, aún no ha empezado el partido y acabamos de sacar un par de birras.

—Genial. Vamos entonces.

—Ya sabes de lo que quiero hablar, ¿verdad?

—Sí, exactamente lo mismo que yo.

—Entra anda.

Entro y saludo a Juan antes de sentarme en el sofá. Fran me trae una cerveza y encendemos la televisión, poniendo el canal donde se retransmite el partido. La verdad es que es una excusa para vernos, porque ninguno de los equipos nos gusta.

—Bueno Fran, cuenta. ¿Qué te pasa?

—Voy a quitarme la máscara, el antifaz, vamos.

—¿Con Chocolate?

—No, con Espinete, no te jode...

—Vale, vale. ¿Y ese repentino cambio de idea? —pregunto.

—Juan me ha convencido. Tiene mucho poder de persuasión.

—Ya veo.

—Bien hecho, Juan.

—Gracias, tío, si es que no hay nada como la labia.

—Así que eso es lo que querías decirme —confirmo.

—Sí, se lo diré esta noche, le mostraré mi rostro y cruzaré los dedos para que no me muestre la carta de la muerte, que es así como la llamo.

—Rezaremos por ti —dice Juan vacilándolo.

—Serás capullo —responde el bueno de Fran.

—Yo soy más bien flor, y cada uno de mis pétalos tiene un color hasta completar la bandera gay.

—Lo que tú digas tío. Bueno, entonces, estaréis conmigo si no sale bien. Sé que si me rechaza lo voy a pasar muy mal.

—No te preocupes, estaremos ahí pase lo que pase —confirmo.

—Bien. Ahora hablamos de ti —me señala con el dedo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo va la cosa con tu Carmín?

—Es como una droga, te lo juro. Me he enganchado a ella y no puedo sacármela de la cabeza. Soy adicto y eso me consume.

—Tío, eso no es bueno. No puedes pillarte de esa manera, es enfermizo.

—Lo sé, estoy intentando controlarme.

—¿Y si dejas de verla de manera radical? Quizás te venga bien —sugiere Juan.

—Ni de coña. Desde que estoy con ella he vuelto a recuperar la alegría de vivir. No pienso joderla.

—Está bien. Entonces, ¿te vas a quitar la máscara con ella tú también?

—No es una máscara, sino un antifaz, Juan. De todos modos, todavía es demasiado pronto para que le muestre quién soy. Debemos conocernos mejor en otros sentidos.

—En el sexual, querrás decir.

—En el que sea.

—Espero tener vuestro apoyo también, pase lo que pase.

—Lo tienes.

—Bueno, ahora callaos la boca, que empieza el partido —dice Juan y tomamos un trago antes de focalizar nuestra mirada en la pantalla plana que hay frente a nosotros.

Pasamos una tarde noche de lo más entretenida. Nos divertimos y reímos de lo lindo hasta que

es la hora de ir a la mansión. Nos vamos los tres en el coche de Juan y así nos ahorramos la gasolina.

Lo malo será volver, deberemos esperar a que los tres terminemos para marcharnos a casa. Bueno, qué se le va a hacer, no todo puede ser perfecto. Además, si lo de Fran no sale bien, que espero y deseo que sí, es mejor que estemos a su lado a la vuelta, por si se emborracha o algo peor.

Cada uno se va a su respectiva habitación, menos Juan, que no tiene ninguna. Renunció a ella cuando le dieron calabazas y además lo humillaron frente a toda su familia. Maldito vecino bocón...

Carmín no ha llegado todavía, así que me dedico a preparar la sesión que tengo planeada para hoy. Lo dejo todo listo. La idea es potenciar hoy el sentido del gusto de mil y una maneras.

Hoy nos vamos a poner las botas, en todos los sentidos. Espero que sea memorable y que tanto ella como yo disfrutemos de lo lindo y se quede grabado a fuego en nuestra memoria.

Cuando ya está todo apañado, salgo a la sala principal para ver si ha llegado Carmín y me la encuentro con Chocolate en la barra tomando una copa, me imagino que quieren refrescarse un poco antes de entrar en combustión.

No me acerco, sino que me quedo esperando sentado en uno de los sofás. No quiero molestar. Esperaré a que disfruten y pasen un buen rato antes de reclamar mi momento con mi chica. ¿Yo he dicho mi chica? No, no es mía, aunque a veces me gustaría que lo fuera.

Cuando las chicas acaban sus cócteles y finaliza la charla, Carmín barre la sala con la mirada y se encuentra con mis ojos. Sonríe coqueta y yo lo hago de manera ladina. Solo quiero tocar esos labios, ya me queman las manos por tocar su piel.

Entramos en la habitación tras la despedida de las chicas. Chocolate, la amiga de Carmín, se marcha con Fran, también llamado aquí Snake. Ahora es mi momento, es para mí, toda para mí.

Que empiece el juego.



Capítulo 7: Instrucciones

Alexandra

Ya es la hora. Le he pedido a la niñera que se quede con la peque. La idea le encanta, porque la chica le ha prometido que le va a hacer trenzar afroamericanas por todo el pelo y eso es algo que le hace una ilusión fuera de lo común.

Le prometo que no tardaré más de tres horas, pero me tranquiliza y me dice que no me preocupe, que a ella le encanta estar con mi pequeña y que cuando sea la hora convenida la acostará.

Me quedo más tranquila y subo en el coche para ir a recoger a Chloe, hemos quedado en diez minutos en su portal y ya voy como con cinco minutos de retraso. Espero que no me mate.

Cuando llego a su portal me mira con cara de desesperación. Está enfadada porque he llegado tarde, pero no creo que sea para tanto, solo he tardado cinco minutos más de la hora acordada.

—Hola, puti —le digo para liberar tensiones.

—Hola, zorri. Ya te vale, llevo ya un rato esperando. ¿Sabes lo que es estar de pie durante diez minutos quieta con estos taconazos?

—Solo he tardado cinco minutos más, no diez, mentirosa. Y si te duelen los pies con esos taconazos, ponte unos más cómodos.

—Para presumir hay que sufrir, ¿no has oído nunca eso?

—Sí, pero yo es que soy poco de presumir.

—Se te nota.

—Perra...

—Por cierto, te he traído una bolsa con los vestidos que me dejaste.

—Espero que los hayas lavado, no quiero manchas blancas sospechosas de quien tú y yo sabemos.

—Serás idiota... Y sí, están más que lavados.

—Mejor.

No tardamos mucho en llegar a la mansión Ícaro, donde el portero habitual nos pide las acreditaciones para acceder al que yo llamo castillo. Le enseñamos las cartas y entramos en la sala de la fuente antes de volver a traspasar la puerta, en este caso la segunda puerta.

Y esta es muy diferente. Me imagino que la otra es para guardar las apariencias, pero esta es todo menos discreta. Huele a cuero, sexo, alcohol, y para qué mentir, de vez en cuando a marihuana y vete a saber qué más. Yo, sinceramente, prefiero no saber.

Nos sentamos en la barra y disfrutamos de un par de cócteles mientras charlamos. Lo bueno de tener el pase vip, como digo yo, es que tienes derecho a dos consumiciones gratuitas antes de pagar a precio de oro un gin-tonic.

Le explico lo ocurrido con Samuel, padre de Oliver, lo ocurrido con Skull en el día de ayer y todo lo acontecido. Tengo que decir que hablar con ella cuando lleva alguna que otra copita en el cuerpo es mucho más agradable.

Y entonces lo veo. Lo busco en la sala sin que Chloe se dé cuenta. No quiero parecer descortés, pero la verdad es que me apetece verlo. Y lo encuentro, claro que lo encuentro.

En uno de los sillones de cuero de la sala principal lo veo sentado esperando, con los ojos en mí, sin apartarlos, y la verdad es que por un momento me siento como un plato al que se quiere comer. ¿Acaso quiere que me convierta en su sushi?

Entramos en la habitación tras despedirme de Chloe sin decirnos nada, no nos hace falta. Sabemos lo que queremos y lo que vamos a hacer. Solo cuando llego a su sala de paredes burdeos, me siento en la silla, como ya he hecho otras veces.

—No quiero que te sientes, Carmín, hoy te tumbará en la cama, te tumbará desnuda. Expuesta para mí.

—Bien.

Hago lo que me pide y me tumbo en la cama expectante, deseosa de saber qué tiene pensado hacer conmigo y con mi cuerpo esta noche. Ya estoy húmeda de tan solo pensarlo.

Me quito el vestido y me quedo desnuda y expuesta para él, dejándome únicamente los tacones, que es como a él le gusta. Al no llevar ropa interior, no tengo que quitármela, así que estoy lista.

Skull no tarda mucho en subir conmigo a la cama y acercar su boca a mi oído para susurrarme como sabe que me enloquece y me humedece al mismo tiempo, como si solo tuviera que darle a un interruptor.

Coloca un plato de fresas con chocolate y me da una a probar de la manera más sensual que he probado nunca, metiendo un pedazo de fresa en su boca y la otra mitad en la mía. El sabor es delicioso, inigualable.

Nos comemos más de cinco fresas, que están de muerte. Es una buena manera de activar las papilas gustativas, por lo que entiendo que el sentido que toca hoy es el del gusto.

—Te voy a devorar, Carmín, porque ya no aguanto un segundo más —yo solo puedo asentir mientras mis piernas tiemblan en respuesta.

—Hazme lo que quieras.

—No quiero que te muevas.

Se levanta de la cama y va en busca de algo que no consigo descifrar. Se trata de una bandeja con cosas varias y la deja en la mesa antes de ir en busca de otras cosas que me imagino que va a utilizar conmigo.

Empieza a colocar chocolate derretido en mi vientre, seguido de pedazos de mango en mi sexo, cubriéndolo por completo. Los jugos de la fruta se resbalan por mi templo y se entremezclan con los míos propios.

Todo huele a dulzor, sobre todo cuando esparce miel por mis pechos y mis pezones con las manos mientras los masajea con pericia. Estos se excitan al momento y jadeo sin poder evitarlo. Empieza su juego.

—Te voy a comer entera, mi lengua no va a dejar un recoveco de tu piel sin degustar.

Solo puedo asentir mientras que él prosigue con su trabajo, cubriéndome al completo de deliciosos manjares hasta que abre una botella de cava y deja chorrear un hilo de la fresca bebida entre mis labios.

Lo bebo despacio, degustándolo y disfrutando de su frescor. Me relamo los labios mientras él se aleja y abre una de sus cajoneras para sacar algo que guarda entre sus dedos antes de colocarse

de nuevo frente a mí.

—Te voy a atar, no te asustes. Las manos son traicioneras cuando el deseo se adueña del cuerpo. Pero no te preocupes, si quieres parar no tienes más que decírmelo.

—De acuerdo, pero si accedo a esto luego yo te pediré algo a cambio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te lo diré al final de la sesión.

—Como quieras.

Me coloca un par de pañuelos de seda, como el que me pone en los ojos de vez en cuando. Me muerdo el interior del carrillo al sentirme tan expuesta y vulnerable, pero no pienso amilanarme, no estoy aquí para ser una gallina, sino una leona.

Sus labios se adueñan de los míos y saboreo su esponjosa lengua. Sabe a eucalipto y no sabe lo que me gusta ese sabor, es mi chicle preferido. Quiero soltar mis manos para rodear su cuello con mis brazos y atraerlo más a mí, pero no puedo desligarme.

Cuando se hace más apremiante y muerdo su labio, se retira lentamente y desvía su boca hacia mi cuello, que acaricia con su lengua para ponerme todavía más húmeda mientras mi cuerpo tiembla por el deseo.

—Por favor, Skull, no me tortures más.

—Esto no ha hecho más que empezar, nena, y lo sabes.

Da pequeños mordiscos a mi cuello antes de bajar hasta mis pechos y retirar lentamente la miel que los cubre con su lengua, que excita mis pechos y los endurece como nunca lo han estado.

Ni en todos los años que he estado con mi marido me he sentido tan excitada como cuando estoy con Skull. No sé qué tiene, quizá sean las cosas poco habituales que hace, que a un marido ni se le ocurrirían, las que hacen que el cuerpo se encienda como una hoguera.

Poco a poco, el pegajoso néctar de las abejas es retirado de mi piel, ingerido con hambre por aquel que me vuelve loca y al que hace días que he comprendido que no me puedo sacar de la cabeza.

—Joder, S.

—Nada de S, Skull.

—Sí, lo siento, Skull —le digo mientras baja sus labios ahora por entre mis pechos.

Llega a mi vientre, donde descansa chocolate derretido que se esparce hasta impregnar las sábanas que se esconden bajo mi cuerpo. El chocolate todavía sigue caliente, pero no arde.

Me quedo absorta mirándolo mientras su lengua se deleita con el chocolate o quizá sea con mi piel. Solo sé que gruñe de placer mientras se alimenta en mi vientre a la vez que masajea mi trasero.

—Quiero profanar ahora mismo tu templo y no salir de él en años.

—Hazlo. Con esa voz ronca susurrándome se me enciende hasta el alma.

—Entonces me pasaré los días susurrándote.

Y entonces lo hace. Su lengua llega a mi sexo y hace desaparecer los mangos rápidamente antes de que se encargue de comerse el mango que le interesa, el que más que alimenta, excita y te enloquece cuando lo tocas y saboreas.

Mi cabeza enloquece y se mueve de un lado a otro como una loca cuando su boca engulle mi sexo y su lengua se encarga de acariciar lentamente mi rajita de arriba abajo haciendo que tiemble

y enloquezca.

Abro más las piernas para que tenga mejor acceso a la zona y es entonces cuando él sí que enloquece, al igual que ya estoy yo. Uno de sus dedos se cuele en mi interior mientras sigue degustándome, un poco más rápido que antes.

—¡Santo dios!

—Mmmm está jodidamente delicioso.

—No pares.

—No pienso parar.

Se entrega a mí en cuerpo y alma, concentrándose en hacerlo lo mejor posible para que llegue al clímax, abriendo mis pliegues para que lo sienta de una manera más profunda, si es que eso es posible y grite como una loca por el placer que estoy sintiendo.

Estoy al límite. Nunca el placer había sido tan intenso, la tensión sexual más fuerte, el sentimiento más a flor de piel y el orgasmo tan apremiante.

Toma la botella de cava y lo echa sobre mi raja, haciendo que la combustión que ya siento por el deseo que estoy sintiendo se fusione con el frío de la bebida, que retira con su lengua caliente.

Joder, esa sensación es alucinante, no quiero que pare ni por todo el oro del mundo.

Muerde levemente mi clítoris antes de darle unos golpecitos con mi lengua y ese es el gesto clave para que una corriente arrolladora con una furia incommensurable se adueñe de mi cuerpo, que combustiona por momentos, provocándome un devastador orgasmo que me empapa hasta el alma mientras grito el nombre del que me lo ha proporcionado: Skull.

Este se encarga de recoger mi elixir con la lengua mientras mi cuerpo tiembla y mi respiración acelerada intenta calmarse. Lo miro a los ojos sin saber bien qué decir. Ni siquiera puedo moverme.

Estoy aún en el limbo del deseo disfrutando de los últimos latigazos de placer que todavía sienten mis terminaciones nerviosas por cada uno de los recovecos de mi cuerpo.

Skull me desata entonces tras darme un casto beso en los labios y va a buscar una toalla al baño de la habitación, donde la humedece antes de volver donde me encuentro y limpiar lentamente cada uno de los recodos de mi piel para dejarla bien limpia.

—Pensé que entrarías en mi interior.

—Y quería hacerlo, pero ya estoy rompiendo demasiadas reglas de las que tengo autoimpuestas y no me gusta. Tú haces que las normas pasen a un segundo plano cuando estoy contigo.

—Eso es bueno, ¿no?

—No sé si es bueno, pero es peligroso.

—Nadie dijo que las cosas fueran fáciles.

—No puedo perder el control contigo, porque si damos un paso más puede que eso nos lleve de cabeza al infierno.

—A mí es que me gusta el calor, estoy dispuesta a quemarme si tú lo estás.

—Me lo tengo que pensar.

—Toma el tiempo que necesites.

Este hombre me vuelve loca, y puede que esté cometiendo un error y que esto no sea más que una fantasía que tiene que terminar, pero este hombre es especial, lo sé.

Puede que me equivoque, sobre todo porque no lo conozco, puede ser, no sé, un expresidiario, un asesino en serie... A saber. Solo sé que quiero conocerlo como persona, no como el dueño de esta habitación.

Quién sabe si estamos destinados a ello y por las dichas normas no nos damos la oportunidad

de intentar conocernos de una manera más profunda. Lo he decidido, quiero conocerlo y me importa bien poco que no salga bien.

Total, llevo mucho tiempo en el que nada me sale bien y solo vivo para trabajar, para mi casa y para mi niña. Un soplo de aire fresco no puede venirme mal, ¿no?

Por otro lado, tengo a Samuel. Es el hombre perfecto. Un buen hombre, buen padre, limpio, ordenado, empresario de éxito, guapo. Toda mujer caería rendida a sus pies, pero en mi cabeza, una voz me dice que ni él es para mí, ni yo para él.

No quiero hacerle daño, es un buen tipo y lo conozco desde hace tiempo. Quizá es el hombre de mi vida y yo tengo la vista focalizada en otro, pero quién sabe. No nacemos con un mapa amoroso que nos dice en qué dirección debemos ir para no equivocarnos.

Y entonces se me ocurre una tontería. Quizá es una provocación innecesaria, sobre todo porque Skull me dijo que no quería saber nada del pasado, presente y futuro de una servidora y que no quiere preguntas ni respuestas personales, solo el aquí y ahora.

Pero ya rompimos esa regla en la barra de la mansión, cuando hablamos de nuestras vidas y nos dijimos cosas que no deberíamos saber del otro. La idea es no conocerse, por eso llevamos los antifaces, pero nosotros somos diferentes, ¿no?

Me doy una ducha mientras él lo recoge todo y me visto antes de que esto se convierta en algo incómodo. Saco un papel y un bolígrafo del bolso y le escribo mi número de teléfono bajo el nombre de Carmín.

No sabrá quién soy, no uso una foto de mi rostro en el perfil, así que el sentido de privacidad no peligra. Quiero que se arriesgue y dé un paso más. Así que me voy a arriesgar, aunque eso conlleve no volver a verlo.

—Skull. Quiero más. Quiero conocerte fuera de estas cuatro paredes.

—Sabes que no puedo darte más.

—Toma. Este es mi teléfono. Si realmente cambias de opinión y quieres que nos conozcamos, llámame —le doy papel con mi teléfono. —Ya no soy una niña, los juegos están bien para un rato, pero lo que me interesan son las personas.

—Me gustas mucho, pero no creo que sea buena idea.

—Cuando estés dispuesto a reconocer que tienes miedo, ya sabes dónde estoy.

No espero respuesta. Salgo por la puerta de su habitación particular. No quiero acabar discutiendo. Y me da igual lo que piense la gente.

Que nos hemos conocido en un local de sexo, pues sí. Que ni siquiera he visto su rostro, pues sí. Que si siquiera sé si es una buena persona, pues sí. Que no me he acostado con él aún, pues sí.

Pero he aprendido que algunas veces no necesitas conocer la radiografía de una persona al dedillo, sino dejar que fluyan las cosas, que no haya tiempos ni hojas de ruta, simplemente dejar que las cosas pasen y que las personas se vayan conociendo a su tiempo. ¿Tan difícil es de conseguir?

Espero en la sala principal, con un cóctel en la mano y sentada en el sofá, a que Chloe acabe con su hombre. Skull no sale de la habitación en ningún momento en el que permanezco en la sala principal.

Media hora después, Chloe sale con su amiguito particular. Sé que está enamorada de él hasta las trancas, y las barrancas si me apuras.

Yo no estoy enamorada de Skull, ni mucho menos, apenas nos hemos visto cuatro veces, pero siento cosas cuando estoy con él. El amigo de Chloe nos deja nuestro espacio y se marcha a su sala.

—Hola, zorri —me saluda.

—Hola, puti —le contesto.

—Tengo que contarte algo.

—Y yo.

—¿Qué ha pasado?

—Primero tú.

—Está bien. Snake se ha quitado la máscara.

—Oh, Chloe, felicidades. Me alegro mucho de que por fin vayáis a conoceros fuera de este edificio.

—Sí, además es tan guapo... Si ya me gustaba sin verlo, imagínate ahora.

—Eso es genial, nena. ¿Y cuándo me lo vas a presentar?

—Ahora mismo. Se llama Fran.

—Bonito nombre, muy varonil —le guiño el ojo y ella me coge la mano para entrar ambas en el cuarto de Snake, ahora Fran.

—Cariño, quiero presentarte a mi mejor amiga. Ella es... - y se para porque ha estado a punto de decir mi nombre.

—Soy Carmín —me presento.

—Encantado Carmín, soy Snake. La verdad es que sé quién eres. Skull es muy buen amigo mío.

—Entiendo. Por cierto, me alegro mucho de que os queráis conocer fuera de aquí. Creo que es lo mejor que se puede hacer cuando dos personas se atraen mucho o sienten cosas que no sean solo calentón.

—La verdad es que sí. Nos hemos liberado por fin de nuestras propias ataduras y nos hemos quitado la coraza para poder mostrar los sentimientos que sentimos.

—Me alegro mucho. Bienvenido al mundo loco de Chloe —le estrecho la mano antes de mirar de nuevo a Chloe.

—Gracias.

—Me imagino nena que esta noche no vas a dormir en casa.

—Imaginas bien.

—¿Te puedo dejar sola entonces? Lo digo para volver ya a casa.

—Sí, sí. No te preocupes, mañana hablamos, si no me ha secuestrado ya Fran.

—Jajaja, está bien. Disfrutad, pareja —me despido y me marcho de la habitación.

Cuando salgo de esta me encuentro a Skull de frente. Me mira sin saber bien qué es lo que hago en la habitación de Snake. A ver si se va a pensar que lo estoy engañando o tonterías de esas. La verdad es que me espero cualquier cosa.

—Vaya, qué rápido has cambiado de habitación. Tanto teléfono y pidiendo un paso más y tú das el paso sí, pero a la habitación de al lado.

Le cruzo la cara y salgo a la calle antes de ponerme el cinturón, encender el motor y salir pitando de allí dirección a mi casa, donde me espera mi niña dormida y una niñera que vale oro.



Capítulo 8: Miedos

Skull

Joder, nunca llegué a imaginar que se me iba a ir todo de las manos. No pensé que rompería las normas con ninguna y lo he hecho con ella. Y no una vez, sino dos.

Primero hablando de nosotros y nuestras vidas y después besándola cuando me prometí que eso era algo demasiado personal para hacerlo en un cuarto donde solo existe una cosa: el deseo, nada de cariño, amor u otro sentimiento.

Me visto y voy derecho al hospital. Trabajar me hará no pensar. Apenas son las siete de la mañana de un lunes cualquiera cuando tomo mi moto y me encamino hacia mi lugar de trabajo.

No he dormido nada. Me he peleado con Fran. Bueno, la verdad es que solo he hablado yo. ¿Cómo ha podido hacerme eso a sabiendas que me gusta tanto Carmín? Estoy seguro de que le ha propuesto algo, puede que una sesión solos o un trío con su chica.

¿Es que acaso no tiene suficiente con su Chocolate, a la que dice amar con locura? Qué ha pasado con aquello de que iba a quitarse el antifaz frente a su chica. ¿Se lo ha pensado mejor y se lo ha vuelto a poner con la mía?

Maldito Fran...Maldita Carmín...Maldita Chocolate...Maldito yo...

Entro por urgencias una vez he aparcado y me he quitado el casco y me encuentro frente a mi consulta a mi enfermera; Susana. Y no, esta no tiene un ratón, esta tiene un conejo y yo, que soy un cabra loca, he entrado alguna que otra vez en su madriguera.

—Buenos días, belleza.

—Buenos días, tiarrón.

—¿Cómo se presenta el día de hoy?

—Para mí mejor que para ti. A mí me queda cuatro horas para irme. Tú tienes trabajo para un mes sin parar ni dormir.

—¿Y eso?

—Hoy te han programado desde arriba cuatro operaciones complicadas.

—¿Qué pasa? ¿No hay otros cirujanos en este maldito hospital?

—Los jefazos quieren que estas las hagas tú, no se fían de los otros médicos y lo sabes.

—Puede ser, pero no tengo doscientas manos. Veré lo que puedo hacer, pero no prometo nada.

—Venga, no seas malo. Si te portas bien y haces esas operaciones que te han pedido, te ayudaré a relajarte y habrá valido la pena. Acabarás como una rosa, bien fresco.

—Ya veremos. Anda, déjame los cascos en la mesa —la veo como me los deja y se marcha, no sin antes tirarme un beso al aire y guiñarme el ojo.

Me cambio de ropa y me pongo la bata antes de ir a ver a los pacientes que tengo que operar. Me he leído los informes de cada uno de ellos, pero la verdad es que mi ojo clínico es mucho más

de fiar que unos papeles escritor por alguno de mis subordinados.

Analizo cuál es el paciente que corre más peligro y necesita ser operado con mayor urgencia. Tras hacer el balance opero a los dos primeros y la verdad es que estoy bastante contento con el resultado, aunque soy muy exigente, no nos vamos a engañar.

Llevo más de seis horas operando sin parar un momento, uno tras otro y el cansancio empieza a hacer mella en mí. Susana se ha marchado a casa sin alegría para el cuerpo, pero es que este trabajo es así.

Siempre sabes cuándo entras, pero nunca cuándo vas a poder salir. Necesito parar un momento para darme una ducha y así espabilarme.

Pero no es suficiente, dormir tan poco me pasa factura, y aunque no debería hacerlo, voy a la taquilla y cojo un par de pastillas de Adderum.

Ya es peligroso tomar una sola pastilla. Para el cerebro es como un chute directo de adrenalina, y en altas dosis la euforia puede provocar colapso, infarto o sobrecarga neuronal.

Pero tengo que arriesgarme, esa gente me necesita. Su vida depende de mí. Las machaco y las esnifo, ya que es la manera más rápida de que haga efecto. No afectará nunca a mi manera de trabajar, ni mucho menos a mis pacientes, por eso la he tomado.

Vuelvo a la sala de operaciones, donde ya me espera el siguiente paciente y empiezo a operar de manera mecánica, aunque en mi cabeza solo tengo a Carmín, que se pasea de un lado a otro, altiva, desafiándome con la mirada.

Estoy bastante nervioso, sudo como un cerdo, uno de los efectos secundarios de las pastillas, pero no me detengo. Tengo que acabarla, esto tiene que salir bien. No puedo volver a perder a un paciente después de lo que pasó con aquel pequeño.

Estoy cerrando ya, todo ha salido a pedir de boca. Casi ha salido todo mecánico, solo he tenido que concentrarme, pero me está dando el bajón, lo estoy notando en cada célula de mi piel.

—Doctor, ¿se encuentra bien? Le sangra la nariz.

—Ricky, ¿puedes cerrar tú, por favor? Necesito salir —le digo a mi ayudante.

—Claro.

Salgo del box y me voy directo al despacho. No quiero que nadie me vea así. Me cuesta respirar. Me abro la camisa y camino hacia la bombona de oxígeno que tengo en el despacho, pero no llego ni a la mitad del camino cuando caigo redondo al suelo.

—Doctor, ¿está bien? —me golpea la cara alguien con suavidad.

Abro los ojos y me encuentro a un más que asustado Ricky, que parece salir ahora de la operación en la que lo he dejado tirado. Lo miro intentando ubicarme todavía y cuando lo hago, me levanto con la ayuda de Ricky.

—No sé qué me ha pasado. Lo siento mucho. Me imagino que será el cansancio, que ya hace mella en mí.

—No se preocupe, doctor, usted descanse. La operación que nos queda se puede aplazar a mañana.

—No te preocupes Ricky, estoy mucho mejor. Ahora voy para allá.

—¿Está seguro?

—De verdad. No te preocupes.

Consigo operar sin más contratiempos. Suerte que es una operación bastante sencilla. Simplemente me la han puesto a mí porque es el hijo del alcalde, una triste apendicitis. Manda huevos...

Me voy de cabeza a casa a dormir la mona en cuanto acabo la operación. Nadie me dice nada,

nadie me frena ni me pregunta, es mejor así.

Una vez aparco la moto en la entrada de mi domicilio, entro en él y pronto caigo como un peso muerto en el colchón de la cama.

No recuerdo nada más hasta que me suena la alarma de la siguiente guardia. Y así pasan los días, con Carmín en mi cabeza y mis manos de paciente a paciente, intentando mantenerme ocupado.

Tengo su teléfono en la mesita de noche y ya me he visto tentado en llamarla varias veces, pero el miedo me frena, un miedo que me recorre las venas y que no me deja moverme, empequeñeciéndome hasta niveles insospechados.

No quiero que vuelvan a hacerme daño, no quiero que me dejen como a un perro tirado en la cuneta, no quiero que me enamoren para después resquebrajar la burbuja y acabar haciéndola mil pedazos.

El viernes ya no vuelvo al Ícaro, porque sé que no va a estar ella y no quiero estar allí si no voy a poder jugar con ella. Ni siquiera creo que a estas alturas pudiera tocar otra piel. Me ha embrujado, pero bien, y vuelvo a caer inevitablemente.

Cojo el teléfono y el papel que descansa en mi mesita de noche y tecleo la numeración antes de quedármela mirando en la pantalla. ¿Qué hago? ¿Pulso el botón verde o por el contrario el rojo?

Estoy bastante confuso, pero como bien me dijo un buen amigo mío con quien no me hablo hace días, quien no arriesga, no gana. Voy a pulsar el botón verde cuando el timbre suena.

Me encamino hacia la puerta y abro sin mirar. Fran está en mi puerta y llevo un par de cervezas en las manos, frías. Lo miro sin decir nada, a los ojos y él los pone en blanco.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña tiene que acabar yendo a Mahoma.

—Hola, Fran.

—¿Puedo pasar? He traído cervezas.

—Pasa, pero solo por las cervezas.

—Claro —suspira y entra sentándose en el sofá como Perico por su casa.

—¿A qué has venido?

—Ya sabes a qué he venido. Tenemos que hablar sobre Carmín.

—Está bien. La verdad es que me gustaría saber qué coño hacía mi chica en tu habitación. ¿Te has atrevido a tocarla sin mi consentimiento?

—¿Esta vez me vas a dejar hablar o vas a seguir con tu película para no dormir, no dejando que nadie te explique lo que ha pasado?

—Habla —solo logro articular, preso por la rabia y el miedo a la vez.

—Chloe, o Chocolate, como prefieras llamarla, la metió en mi habitación para presentarme. Son mejores amigas, y simplemente le quería presentar al que es hora su novio. No creo que sea para tanto.

—Así que Chocolate y tú estáis juntos.

—Sí, como te dije, me quité el antifaz ante ella y me aceptó. Los dos sentimos lo mismo y quiero que sepas que es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida. Desde que nos quitamos la armadura y nos mostramos como somos, las cosas han ido viento en popa, es la puta felicidad hecha realidad dentro de un pequeño cuerpo. Quién iba a pensar que a mis casi cuarenta años me iba a sentir como un quinceañero encaprichado y enamorado.

—Entiendo. Yo creí que...

—Siempre crees lo que te viene bien en ese momento o la película que pasa por tu cabeza en vez de preguntar o escuchar lo que los demás tienen que decirte.

—Lo siento mucho, hermano.

—No pasa nada, pero recuerda que no todos queremos hacerte daño. Los que te queremos, solo queremos el bien para ti.

—Ven aquí —Fran se acerca y nos fundimos en un fraternal abrazo.

Nos tomamos las cervezas y hacemos como si no hubiese pasado nada. La verdad es que es mejor no hacer leña del árbol caído. Miramos un poco la tele, pero lo noto nervioso.

—Ella te está esperando en casa, ¿verdad?

—Sí, pero no pasa nada, puedo quedarme un rato más.

—No te preocupes, ve con ella.

—Es que se ha comprado un picardías nuevo y solo de imaginarlo se me cae la baba. Está jodidamente buena.

—Me alegro por ti, tío, de verdad.

—¿Y cómo va el tema con Carmín?

—Ella quiere que demos un paso más, como lo habéis dado tú y Chloe, pero apenas hemos tenido tiempo en la habitación para que ella me reconozca como hombre y yo a ella, no sé si me explico.

—Te entiendo.

—No quiero volver a equivocarme y que me parta el corazón.

—Lo sé, pero si algo me ha enseñado la vida es que si quieres algo tienes que luchar para conseguirlo y ya sé que da miedo, sobre todo porque no lleváis conociéndoos en la mansión tanto como Chloe y yo, pero ya sabes lo que siempre digo. Quien no arriesga, no gana. Podéis ir poco a poco, quedando para ir avanzando en vuestra relación sin dejar de ir los fines de semana al Ícaro, no lo veo tan mala opción.

—Puede ser.

—De momento, yo lo que haría sería escribirle un mensaje o llamarla. No seas cromañón o al final la perderás para siempre.

—Lo sé, tío, lo sé. Le enviaré un mensaje. De momento vete con tu chica y disfruta del amor, tú que lo tienes.

—Vale. Ve informándome, ¿sí?

—Por supuesto.

Se marcha y yo me vuelvo a quedar solo. Me voy directamente a la habitación y vuelvo a coger el teléfono móvil y le mando un mensaje a Carmín, es mejor que una llamada, no se hace tan incómodo.

<<Quizá ya sea tarde porque han pasado varios días desde que me diste tu número de teléfono. Sí, tengo miedo, porque ya me han partido el corazón antes y tengo miedo de que vuelvan a hacérmelo. Me escudo en la mansión porque allí no somos nadie y lo somos todo. Allí nadie puede dañar a nadie, y no me refiero a físicamente. Podemos ser quien queramos ser y disfrutar de nuestra sexualidad. Esto no es un lo siento ni un adiós, pero quiero que entiendas que llevamos muy poco tiempo conociéndonos para dar un paso más y joderlo todo. Danos una última semana más, aunque sea una sesión más para darme cuenta si eres lo que quiero para mi vida y podemos intentarlo, pero no puedo prometerte nada. Si no sale bien no volveremos a vernos, ni en el Ícaro ni fuera de él. Att: Skull>>.

Dejo el teléfono sobre la mesita de noche y voy a darme una ducha, todavía estoy medio dormido y necesito espabilarme. Cuando salgo de esta ya estoy mucho mejor. Me pongo un chándal y miro la hora. Todavía me quedan un par de horas.

Aprovecho para ver las noticias, comer un poco, pues estoy famélico. Me acabo pidiendo un McDonald's que alimentaría a un campo de fútbol.

Cuando ya estoy más relleno que un pavo en Navidad, escucho que el teléfono vibra. Puede ser cualquier cosa, pero tengo la sensación de que es un mensaje de Carmín.

Quizá no es una sensación, sino un deseo de que sea ella quien me está escribiendo. Cojo el teléfono móvil y miro la pantalla. Es un mensaje de ella. Estoy bastante nervioso y no sé si quiero abrirlo, pero me armo de valor y lo hago.

<<Sé que tienes miedo, porque también lo tengo yo. Solo he estado con un hombre en mi vida, mi exmarido. Sentirme atraída de nuevo por alguien es algo que me descoloca, que no entraba en mis planes, pero creo que es importante que sigamos los impulsos del corazón, y quizá nos equivoquemos y salga mal, eso nadie lo sabe, pero nunca lo sabremos si no lo intentamos. El domingo iré al club. Allí podrás decidir si quitarte el antifaz o mostrarme el reverso de la carta. Será la última vez que vaya. Tú decides. Att: Carmín. >>

Me está dando un ultimátum. O me arriesgo como ha hecho Fran o el domingo será la última vez que pueda estar con ella. Es demasiado arriesgado y sobre todo creo que estamos corriendo antes de aprender a andar.

No estoy para nada de acuerdo con las prisas, pero debo reconocer que Carmín es una mujer especial y que si la perdiera me arrepentiría el resto de mi vida. ¿Qué debo hacer? ¿Cuál es la mejor decisión para tomar?



Capítulo 9: Sensaciones

Alexandra

Hoy es sábado. Lo cierto es que ha sido una semana bastante intensa. Chloe no cabe en sí de tanta alegría que siente en ese pequeño cuerpo risueño que su madre le ha dado y yo me he pasado toda la semana pensando en él.

Maldito Skull y sus miedos... No le estoy pidiendo matrimonio, por el amor de dios, solo le estoy pidiendo poder conocerlo como dos personas adultas, que ya no somos universitarios.

Ambos somos padres, somos casi cuarentones, tenemos trabajos y responsabilidades. Bueno, no sé si él tiene trabajo, pero a juzgar por los trajes que se gasta, o tiene trabajo o una herencia con bastantes ceros a la derecha.

Me pongo uno de mis nuevos vestidos con unas manolettinas, porque los tacones me matan y prefiero estar cómoda a mona, y un recogido fresco con un maquillaje bastante natural.

Preparo la cena; pollo al horno con patatas y acabo de vestir a mi pequeña Rebeca, que parece un hada de la naturaleza como ese disfraz que ha decidido ponerse. Está preciosa, aunque no sea la ropa más adecuada para la cena.

Estoy sacando la cena del horno, que ya está lista, cuando alguien golpea la puerta. Seguramente serán Samuel y Oliver. Camino hacia la puerta una vez dejo la bandeja en la encimera y abro.

—Hola, chicos, bienvenidos a mi humilde morada.

—Hola Alexandra —me saluda Samuel antes de darle dos besos.

Rebeca viene entonces a la puerta para ver quién es, y cuando ve que se trata de Oliver, pone mala cara. No se llevan nada bien en la escuela, pero esperemos que después de hoy eso cambie.

—Hola, Rebeca —saluda el niño a desgana.

—Hola, Oliva —contesta mi niña.

—¿Cómo que oliva?

—Es su mote.

—Pues en esta casa no hay motes, solo nombre, ¿Estamos?

Rebeca asiente a desgana y, tras saludarlo por su nombre, entramos en casa y les pido que se sienten en la mesa. Ya está todo listo y no quiero que se enfríe la comida y se eche a perder.

Nos dedicamos a comer entre risas, charlas animadas y alguna guerra de comida que tenemos que acabar parando de los niños. El comedor está hecho un vertedero y, aunque no lo demuestre, estoy cabreada.

Los niños recogen como castigo lo que han ensuciado mientras que Samuel y yo nos sentamos en el sofá para hablar. Parece cómodo y yo también lo estoy. Quizá esta sea la relación tranquila y sana que busco y no la de Skull.

Al final los niños, una vez que han recogido, se marchan a la habitación de Rebeca a jugar al tres en raya. Parece que los castigos amansan a las fieras, porque parece que están más unidos que nunca.

Samuel y yo aprovechamos para tomar unas copas mientras charlamos en el sofá, hasta que él hace que la conversación se vuelva un poco más profunda de lo que me gustaría.

—Bueno, ya sabes lo que siento, Alexandra. Me ha costado mucho encontrar el valor para decírtelo, pero ahora ya lo he hecho y me gustaría conocerte. ¿Qué me dices?

—Bueno, la verdad es que no sé bien qué decir. Creo que podríamos intentarlo, pero en este momento tengo a otra persona en la cabeza.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. Te lo contaré. Lo conocí en una especie del club y ahora no me lo puedo sacar de la cabeza.

—Estoy seguro de que yo te puedo dar mucho más que un chico de club de carretera.

—No sé Samu, ahora estoy un poco confundida, pero lo pensaré, ¿vale?

—Vale. Ya sabes dónde estoy y tienes mi teléfono —asiento y me tomo el último trago de mi copa.

Seguimos viendo un rato la televisión hasta que los niños se cansan de jugar y vienen al salón a por el postre. He hecho unas natillas caseras que están de rechupete. Y eso tomamos. Unas natillas bien frescas con un poco de canela.

Samuel y Oliver no tardan mucho en marcharse. Mete al pequeño en el coche y se acerca para darme las buenas noches y despedirse después de una cena un tanto inusual, para qué nos vamos a engañar.

—Gracias por la cena, estaba todo muy bueno. Al menos a los peques les ha servido para acercar posturas y llevarse algo mejor.

—Eso parece.

—Y espero que para nosotros también. Piénsalo, ¿vale?

—Lo pensaré, te lo prometo. Me ha gustado mucho esta noche.

—A mí también.

—Descansa, Samu.

—Lo mismo digo, Alexandra.

Veo que se sube al coche y se alejan de casa mientras que mi niña y yo nos despedimos con la mano. La miro y beso la punta de su naricita. Ella es una de las mejores cosas que he hecho en mi vida, bueno, la mejor.

Ya no podría vivir si ella no está, es mi mundo, lo es todo para mí, y mientras esté con ella no necesito a nadie más, ni siquiera a Skull.

—Mami, ¿sabes una cosa? Oliva es muy guapo.

—Sí lo es, princesa.

Y a veces desearía ser niña, con esa inocencia e ignorancia donde no existe el miedo ni hay que pedir perdón por sentir algo por alguien. Ojalá todo fuera tan sencillo para todo el mundo.

Acuesto a mi pequeña y me meto en la cama con ella. Prefiero dormir esta noche abrazada a ella, lo necesito. Mañana va a ser un día importante. Será la última vez que vea a Skull a menos que deje a un lado sus miedos y se arriesgue por mí, por los dos.

*

Nos hemos levantado bastante tarde y es que hace un calor abrasador, pero dormir juntas nos

relaja y eso no se puede evitar, es la conexión familiar. Nos damos una ducha juntas para refrescarnos y preparo el desayuno.

Hoy tenemos planeado ir al lago para echar de comer a los patos y cisnes. A Rebeca le vuelve loca hacerlo. Incluso en una ocasión pudo acariciar el plumaje del pato y eso se le quedó grabado en la memoria.

Nos preparamos el picnic y el pan y tras vestirnos y desayunar, subimos al coche y ponemos rumbo al lago. Rebeca está más que emocionada y me pide que le ponga música en el coche, en especial la de Baby Shark, se sabe el baile de memoria.

No tardamos mucho en llegar y nos quitamos la ropa para poder darnos un baño. Extiendo el mantel especial en el suelo y las cosas antes de guardar la ropa e ir con mi pequeña a darnos un chapuzón.

La pasamos la mar de bien. Los patos nadan a nuestro alrededor y se comen el pan que les tiramos, un pan húmedo y a pedazos. Se lo comen que da gusto y mi niña ríe encantada.

Y entonces, me imagino que a sabiendas de que tenemos alimentos, llegan los cisnes. Al principio todo va bien y también se alimentan del pan, hasta que el pan se termina y todo se descontrola.

Uno de los cisnes atrapa mi cola en su pico y tira de mí. ¿Acaso quiere comerme? Rebeca ríe sin parar ante la situación surrealista y es uno de los chicos que está en el parque el que tiene que venir en mi ayuda. Si no fuera por él...

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Yo saldría del agua o volverás a ser comida para patos.

—Gracias por el consejo jejeje.

El chico se marcha y nos sentamos en la manta para secarnos e ir preparando el picnic. Hay ensalada, embutido, pan, pero del nuestro, fruta y muchas cosas más. Nos ponemos las botas.

Como no hemos desayunado mucho, volvemos a tener hambre y tenemos bastante hueco para rellenar. Al acabar me doy cuenta de que nos hemos quedado solas en el lago, todos se han marchado a casa, me imagino que a comer.

Nos volvemos a dar otro baño, ahora sin pan y sin patos alrededor, mientras cojo a mi niña en brazos y disfruta del agua fresca en una tarde de lo más calurosa. Cuando ya nos cansamos, nos secamos, recogemos todo y nos vamos a casa.

—Mami, ¿me cuentas un cuento? —me dice Rebeca en el coche.

—Claro. ¿Cuál quieres?

—El tuyo con papá —y la respuesta me deja helada, en verdad es lo último que esperaba escuchar.

—Como quieras. Yo conocí a papá en el colegio, cuando teníamos dieciséis años.

—Yo también conocí a Oliver en el cole. ¿Eso significa que seremos novios?

—Nada de novios hasta que te salgan canas, ¿estamos? —veo que asiente.

—Bueno, te sigo explicando. Estábamos muy enamorados y aunque nos separamos muchas veces, siempre volvíamos a estar juntos. Cuando teníamos veinte años nos casamos y ocho años después llegaste a nuestras vidas. Fuiste el regalo más hermoso que nos ofreció el destino.

—¿Entonces por qué ya no estás con papá si os queráis mucho?

—Porque a veces el amor no es suficiente y aunque quieres mucho a una persona, hay otras cosas que no compensan.

—¿Como cuáles?

—El sentirse querido, los detalles, el estar ahí para el otro, el que tu pareja te levante cuando

te caigas. Son cosas que aprenderás cuando seas mayor.

—Yo cuando me caigo, me levanta mi mami —sonrío.

—Tu mami siempre estará ahí para levantarte, pero cuando seas mayor recuerda que no necesitas que nadie te levante, que siempre puedes levantarte tú sola. Que no hace falta tener siempre a un papi en tu vida, que a veces es mejor que las mamis estén solas. ¿Lo entiendes?

—Sí, entiendo mami.

Theo me marcó de una manera que no hizo nadie más, pero me defraudó hasta puntos insospechados y ahora lo he dejado a un lado en mi vida. Siempre será el padre de mi hija, pero ha perdido el derecho y el espacio de ser algo más.

—¿Esta noche no te vas, mami?

—En principio iba a salir, pero si no te quieres quedar sola, puedo quedarme.

—No, quiero que te vayas, porque mi nani, Linda, y yo quedamos en que haríamos juntas un pastel.

—Espero que me guardéis un pedazo.

—Claro.

—Bien, pues voy a llamarla.

Llegamos a casa sobre las siete de la tarde, nos damos una ducha y ya le pongo el pijama a Rebeca antes de que aparezca Linda por la puerta. Es una chica encantadora, estoy la mar de contenta por haberla contratado.

Aprovecho, una vez que ha llegado, para cambiarme de ropa, meter el antifaz y la carta en el bolso, y maquillarme.

Busco algo sensual, con labios carmín y ojos ahumados, un recogido trenzado con tirabuzones, creados con la plancha de pelo, y me coloco los tacones negros de aguja antes de salir al comedor.

Las chicas se quedan boquiabiertas. Es el mejor vestido de los que me compré. Un vestido corto de lentejuelas que me costó unos veinte euros. Es un vestido precioso, de esos que enamora.

Tras despedirme de ambas, salgo por la puerta en dirección a la mansión Ícaro. Cojo el coche y poco después me encuentro aparcada frente al lugar. Me pongo el antifaz dentro del coche y salgo.

He llegado demasiado pronto. Apenas son las diez de la noche y no he cenado, así que voy directa al restaurante que hay dentro de la mansión. Es un poco caro, casi treinta euros el menú, pero un día es un día y, además, viene bien que por una vez alguien cocine por mí y no al revés.

Me quedo más que satisfecha con la deliciosa cena y, ya en el propio restaurante me bebo una botella de vino tinto y un chupito de hierbas. Espero no estar demasiado borracha, es un día muy importante como para olvidarlo, hoy se decide todo.

He bebido porque estoy nerviosa y porque tengo miedo, porque le he dicho que si no quiere nada conmigo no volveremos a vernos, pero la verdad es que no quiero dejar de verlo.

Cuando acabo, salgo al salón principal y me siento con una botella de agua en la mano en uno de los sofás. Espero que el agua baje un poco la papa que llevo encima. No sé ni cómo he podido llegar al sofá en estas circunstancias y con los tacones.

—Buenas noches, Carmín.

—Buenas noches, Skull —le digo cuando oigo que me susurra desde mi espalda. Esa voz ronca es inconfundible, no necesito ni darme la vuelta para saber quién me habla.

—Ya sé lo que me dijiste, pero no sabría si finalmente vendrías.

—Bueno, estoy aquí, ¿no?

—Sí, lo sé. ¿Quieres que entremos a mi habitación o prefieres estar un rato más en el salón?

—Entremos —me levanta y camino lo más tiesa que puedo, para que no se me note nada, hasta la habitación, donde me siento en la silla. - ¿Qué sentido toca hoy, Skull?

—Solo nos queda uno, la vista.

—Eso significa que por fin te veré desnudo sin ese traje que llevas siempre.

—No, eso significa que te veré yo a ti. Esta última sesión es para mí, no para ti.

—Vaya, ni el último día puedes romper un poco más las normas, tus normas.

No digo nada más y él tampoco contesta. Quizá sea mejor así, pero tal y como se está comportando, de una manera fría, como siempre, no creo que vaya a quitarse el antifaz, más bien, entregará el adverso de la carta.

—Ven aquí —me acerco y veo una especie de cruz de madera. No entiendo nada. —Apóyate en la cruz. Piernas separadas y brazos rectos, por favor.

—Bien —hago lo que me pide y veo cómo me ata manos y pies con cintas de seda negras, las que usa siempre conmigo. - ¿Qué vas a hacerme?

—Algo que va a gustarte mucho y, además, no vas a verme, pero me voy a desnudar para ti, en todos los sentidos. Vas a ser capaz de verme, incluso con los ojos vendados —asiento sin decir nada más.

Me cubre los ojos y a partir de ahora no veo nada de lo que ocurre. Baja lentamente la cremallera de mi vestido de arriba abajo y me lo saca. Suerte que la cremallera era de espalda a piernas y sin mangas.

Ahora expuesta de nuevo ante él, como cada vez que me encuentro en esta habitación, estoy expectante ante lo que tiene pensado hacer hoy.

Los nervios se han adueñado ya de mi cuerpo, como siempre que estoy con él, aunque debo confesar que todavía no estoy excitada.

Y entonces lo siento pegado a mi cuerpo, siento cada músculo de su cuerpo moldeando mi piel. Y eso sí que hace que mi cuerpo empiece a despertar. Sus labios acarician mi cuello como si fuera una leve pluma.

—¿Sabes que eso me vuelve loca?

—Lo sé, por eso lo hago, Carmín.

Noto que se aleja y eso no me gusta. Empieza a trastear por doquier y vuelve segundos después. Y entonces siento como una especie de plumas acaricia de arriba abajo mi cuerpo y yo me muerdo el labio en respuesta.

Siento entre cosquillas y excitación. Ahora vas a notar algo, pero no quiero que te asustes. Este es mi mundo, si quieres conocerme, hoy me vas a conocer de verdad —asiento ante sus palabras.

No sé cómo lo sé, pero noto como se arrodilla frente a mí y mete un dedo en mi sexo, buscando jugar con él, hasta que reemplaza su dedo por algún tipo de objeto. Al momento siento cómo se levanta y un botón que suena fuerte al pulsarlo.

De pronto ese objeto que se encuentra a continuación empieza a vibrar como si de un consolador se tratara. Nunca había sentido nada igual. ¿Qué es eso? Trato de apretar mis muslos, pero eso todavía acrecienta más mi deseo.

Jadeo y entonces siento que Skull se aleja de nuevo y cuando vuelve lo sé porque su lengua a jugar con mis pezones. Trato de mover mis brazos y acunar su cabeza, pero no puedo moverme.

—Me encanta mamarte los pechos. Están sumamente deliciosos, Carmín —me dice mientras los succiona a la vez que aumenta la velocidad de lo que ha puesto entre mis piernas.

—Y a mí que lo has. ¿Qué es lo que has puesto dentro de mí?

—Es una bala que controlo con mi reloj. Tranquila no voy a ser muy malo contigo —me dice

mientras muerde mis pezones y me hace gemir.

Y entonces lo siento. Algo pinza mis pezones y tira de ellos y sé exactamente lo que es, no es lo primera vez que los uso. Cuando más tira de la cadena que use las pinzas de los pezones, más dolor y placer sientes a la vez.

Casi me hago sangrar el labio de tanto apretar con los dientes por el placer que siento. Y vuelve a desaparecer, pero esta vez no va en busca de nada, sino que lo siento a mi espalda, pasando esa especie de plumas o plumero por esta.

Sigue bajando hasta colocarse de rodillas a mi espalda y entonces noto cómo sus manos masajean mis nalgas y las besa despacio, con suavidad, hasta que acaba abriéndolas y pasando su lengua por su trasero.

Al principio me quedo congelada. No me habían hecho esto nunca y no sé cómo reaccionar ni qué es lo que debo sentir, pero acabo relajándome para intentar disfrutar de lo que está ocurriendo.

Es más placentero de lo que me esperaba y me acabo relajando de verdad y disfrutando de todo lo que me ofrece. Y entonces mete poco a poco algo por mi trasero. Es algo frío y fino, pero no sé qué puede ser.

—Skull, ¿qué es eso?

—Tranquila, solo es un tapón anal con un brillante, no te preocupes, cuando te acomodes a él verás que es muy placentero —me dice mientras sube más la velocidad de la bala vibradora que me ha colocado y yo gimo cada vez con más fuerza.

La piel se me eriza y me sujeto a la cinta con la que estoy atada. No dejo de susurrar su apodo mientras enloquezco por todo lo que mi cuerpo está sintiendo en estos momentos. Aprieto tan fuerte, que la bala sale disparada, saliendo de mi cuerpo.

El placer que sentía en mi templo desaparece, pero pronto se encarga Skull de suplir lo que ha caído por otro elemento. Siento que algo nuevo se introduce en mi interior poco a poco.

—No te asustes, son bolas chinas.

—No me asusto.

Las introduce todas, de una a una y cada vez que entran un escalofrío me recorre por completo. Me tiemblan las piernas y la excitación es máxima. Siempre que Skull me toca, mi cuerpo reacciona ante él y la piel me arde.

Las calores me suben a la cara y sé que tengo las mejillas sonrosadas. Sus labios se pegan a los míos y lo beso con todo el deseo que siento este momento por él, como si fuera la última vez que nuestros labios se fusionaran en un beso intenso y fugaz al mismo tiempo.

Solo tenemos esta noche, solo tenemos este momento. La pasión y el deseo son fugaces, pero los sentimientos perduran en el tiempo y duelen más que cientos de puñaladas en el corazón.

No quiero perderlo, no voy a engañar a nadie. Con cada minuto que paso con él, más tiempo deseo hacerlo, pero no creo que él tenga los mismos planes. A mí me gusta de verdad, para él yo solo soy un juguete en esta sala.

Pues este juguete va a disfrutar de esta última vez con más intensidad que nunca, porque no me arrepiento para nada de esta experiencia y quiero vivirla en su totalidad, tenga las consecuencias que tenga.

Vuelvo a besarlo y succiono su lengua, disfrutando del sabor de su boca, que me enloquece y es entonces cuando siento una picazón en mi entrepierna, después otra y sé exactamente de qué se trata.

—Un látigo —susurro.

—Sí, pequeña, un látigo —me susurra en los labios antes de separarse.

Suelta mis manos y rodeo su cuello a tientas para seguir besándolo, pero él corta el beso, me imagino que porque tiene otros planes.

—Ábrete los pliegues de tu templo con las manos —hago lo que me pide y al segundo siento las lenguas del látigo azotar mi clítoris.

Grito de placer por la experiencia. En verdad me ha gustado más de lo que creía inhumanamente posible. Vuelve a hacerlo una segunda vez y un gemido ronco escapa de entre mis labios.

—¡Joder! ¡Más!

—Te lo voy a dar todo, Carmín.

Me azota de nuevo, ahora en el trasero antes de soltar mis tobillos de esa especie de cruz donde me ha tenido sujeta y me coge en brazos para llevarme a algún lugar que ni siquiera sé.

Ojalá me lleve a su casa o al fin del mundo.



Capítulo 10: Deseo y Pasión

Skull

La tumbo en la cama de la habitación. La última prueba es esta, el último de los sentidos; la vista. La estoy viendo en mi colchón, desnuda y expuesta, con esa piel clara que me enloquece.

Joder, no sé qué coño voy a hacer si la pierdo. Pero ahora no quiero estropear el momento, solo quiero estar con ella, hacerla disfrutar, y disfrutar yo de ella. Y por lo que parece ella está disfrutando de lo lindo, aunque no como yo.

Tomo la cámara de fotos y me dedico a retratarla pedazo a pedazo, hasta completar un álbum de su piel, un retrato no solo de su cuerpo, sino también de su alma. Es la cosa más hermosa que he visto jamás.

Saco el tapón de su trasero con delicadeza y las bolas, despacio, una a una, hasta que la dejo vacía mientras lloriquea porque el placer se ha marchado. Pero es que la necesito así, sin nada dentro, porque ahora, el que se va a meter soy yo.

Me subo sobre ella y beso sus labios mientras acaricio su sexo y meto un par de dedos en su interior para excitarla. Está más que lubricada para mí. Me llevo esos dedos que segundos antes estaban en su interior a la boca.

Es como el elixir de los dioses, pero en la Tierra. No se puede estar más deliciosa. Soy adicto a su sabor, a su olor, a ella al completo.

Cojo la cadena que une las pinzas de los pezones y tiro de ella mientras entro en su templo a la vez, ese templo que en este momento es mío, solo mío. Sus gemidos de placer solo hacen que me ponga más y más caliente.

Y no, no me la follo como haría con otras o como ya he hecho con algunas de esta mansión, dejando salir al salvaje que llevo queriendo hacer desde hace ya tiempo.

Suelto la cadena y entrelazo nuestros dedos sobre su cabeza mientras entro y salgo de ella de manera acompasada, buscando que la fricción sea perfecta mientras ella enreda una de sus piernas en mi cintura.

Todo a nuestro alrededor desaparece, como si estuviéramos en una burbuja plagada de deseo, lujuria, dulzura y sentimientos. Acaricio su rostro con la punta de nariz antes de volver a besarla.

Le hago el amor de mil maneras posibles, por delante, por detrás, en su boca, en la mía, y ella se deja hacer. Ella no lo sabe, pero me vuelve loco y tiene un control sobre mí fuera de lo común.

Acaricio su clítoris mientras entro y salgo de ella, cada vez con más fuerza y rapidez mientras me como esa boca de piñón que me vuelve loco y acabo corriéndome como no he hecho desde hace muchísimo tiempo.

La ayudo a que ella llegue a un orgasmo que estalla en mi lengua y retiro con gusto, saboreándola hasta la última gota. Me doy una ducha rápida y me pongo el traje. Salgo y todavía

está tumbada en la misma posición en la que la he dejado hace unos minutos.

—Y así le susurró el príncipe a la princesa durmiente para que despertara —le susurro al oído mientras le quito la cinta de los ojos.

Le enseño las fotos para que ahora sí, mediante el sentido de la vista pueda ver aquello que segundos antes han visto mis ojos y pueda observar la imagen perfecta de lo que es el placer.

Su sonrisa es de pura felicidad entremezclada con agotamiento. Le saco las pinzas de los pezones y los beso antes de dejar otro beso en su boca y dejar que vaya a la ducha.

Me siento a esperarla en la cama. Llegó el momento de la verdad. Aquí no hay más que cara y cruz y no sé qué hacer. Miro mi teléfono móvil y tengo siete llamadas perdidas del hospital y un mensaje de Susana.

<<Te necesitamos urgente. El hijo del jefe ha tenido un accidente. Se muere, vente cagando leches >>.

Mierda. Tengo que decidir ahora, no tengo más tiempo; la máscara o la carta. Dejo mi decisión sobre la cama y me encamino rápidamente hacia la puerta de salida de mi habitación.

—Carmín, tengo que irme, es una urgencia del trabajo. Adiós —no espero respuesta.

Salgo corriendo en busca de mi moto y en un abrir y cerrar de ojos me planto en el hospital. Seguramente me habrán saltado un par de radares, pero esto es más importante que un par de multas.

Entro a la sala de operaciones que me indican y me lavo las manos. Ni siquiera puedo cambiarme de ropa, está demasiado grave. Se ha caído por un acantilado de no sé dónde con el coche. No sé cómo todavía está vivo, debería estar hecho picadillo.

Tras horas de intervención, consigo salvarle la vida, aunque va a tener secuelas y bastantes. El cerebro se ha dañado tanto que no sé ni cómo lo hemos reconstruido, como aquel que dice.

Salgo de la sala de operaciones y mi jefe prácticamente se me tira encima. Está llorando como una magdalena. Trato de tranquilizarlo antes de hablar.

—Está estable, no te preocupes. Se pondrá bien, aunque va a tener secuelas, eso seguro. Todavía no puedo predecir cuáles serán. Tiene fracturadas tres costillas, brazos y piernas rotos y coxis. Además, tenía el cerebro hecho papilla. Te aseguro que he hecho más de lo humanamente posible.

—Muchas gracias, no sé qué habríamos podido hacer por ti.

—No hay de qué, ahora cuídalo, ¿sí?

—Lo haré.

—Ahora me marcho a casa, cualquier cosa no dudéis en llamarme.

—Lo haremos. Muchísimas gracias —le guiño el ojo antes de volver, en este caso a casa.

Me meto en la cama directamente. No es que sea muy tarde, pero después de los días que llevo, de los nervios, de las decisiones, la verdad es que estoy exhausto. Cierro los ojos y solo dejo que el sueño me arrastre allá donde quiera.

*

La semana se pasa lenta y tediosa. No sé nada de Carmín y no sé qué hacer con mi vida. Solo quiero que se pase rápido para poder ver a mi niña y que haya algo bueno en esta semana de mierda.

Me meto en la ducha antes de hacer algo de comer. Hoy tengo fiesta y he invitado a los chicos a casa. Vamos a hacer una barbacoa. Hemos decidido que vamos a despegar un poco a Fran de su amada nueva novia y vamos a tener un día de chicos, que nos lo merecemos.

No tardo mucho en escuchar la camioneta de Juan aparcar en la puerta de casa. Salgo a saludarlos con un delantal a lo maruja cocinera y los saludo con la mano mientras doy un sorbo a un quinto.

Ambos me sonrían cuando me miran de arriba abajo. El delantal no tiene desperdicio. Se trata de una tía buena en bolas, bueno, su cuerpo solamente, las piernas y la cabeza. Fue un regalo para mi despedida de soltero ya hace bastantes años, así que tiene más años que la duquesa de Alba, que en paz descansa.

Entramos en casa, en la calle hace un calor sofocante. Ellos se sientan en el sofá mientras yo acabo de preparar el fuego. Los miro esperando a que me den la carne, porque si no vamos a comer poca cosa. Ellos tenían que traerla.

—Espero que hayáis traído la carne o vamos a comer mierda.

—Sí, aquí está —me dan una bolsa con varias bandejas de comida y yo me encamino hacia la barbacoa a ir poniéndolas para que se hagan.

No tardan mucho en salir mientras empiezo a poner la carne en las bandejas y posteriormente al fuego. Vienen sin camiseta y con una cerveza en las manos, no les gusta ni nada una buena terraza con cerveza incluida.

Los veo despelotarse y tirarse a la piscina antes de volver a coger las cervezas y darles otro trago, ahora dentro del agua. No viven bien ni nada estos dos. Cuando le voy la vuelta a la carne, me acerco para hablar con ellos.

—¿Cómo te va con tu nueva novia, Fran?

—De puta madre tío, es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—¿Y tú cómo estás Juan?

—Pues yo tengo que contaros algo. Estoy conociendo a un chico que conocí en una red social de contactos, de esas que pagas veinte euros al mes y conoces a media España.

—Me alegro. Espero que este no sea tan gilipollas como el de la mansión.

—No, este al menos es gay, que ya es algo. Se ve un buen chico, y ¿quién sabe?

—Espero que todo vaya muy bien y por fin puedas ser feliz Juan, porque en verdad te lo mereces.

—Gracias, tío —me contesta.

—Y tú con Carmín, ¿qué tal?

—Pasapalabra.

—Eso es que no muy bien —confirma Juan.

—Eso es que paso palabra, solo eso —reafirmo.

—Está bien, captado —dice Fran.

Cuando la carne termina de hacerse, comemos como cerdos hasta no dejar ni una miga en el plato. Nos tomamos unos helados de postre y jugamos un par de partidas a baloncesto antes de que estos se marchen.

Ambos tienen planes con sus nuevas parejas o gente a la que están conociendo. Como yo estoy más solo que la una, no tengo ese problema, aunque me gustaría volver a ver a Carmín. ¿Debería escribirle un mensaje o llamarla?



Capítulo 11: Sentimientos

Alexandra

No entiendo cómo ha podido pasar todo esto, como se han resquebrajado los sueños como papel húmedo rasgado. Cómo se han empapado las ilusiones en esta lluvia de verano interior que estoy sintiendo.

No entiendo por qué dejó la carta dada la vuelta y no el antifaz, no entiendo por qué me abandonó como un cobarde en aquella habitación y no me dio ningún tipo de explicación, como si acaso no me la mereciera.

Una lágrima recorre mi mejilla, pero no la retiro, es como una marca de guerra, y no lloro por la pena, sino lloro por lo que pudo haber sido y que él ha arruinado con tanta ligereza.

Me marcho a casa, no quiero pasar ni un segundo más en esta sala, me trae demasiados recuerdos que ahora ya solo quiero evitar. Tiro de mala gana el antifaz al suelo y salgo en busca de mi coche, solo quiero volver a casa.

Pago a Linda y por lo que ve en mi cara, sabe que es mejor no decirme nada, así que sale de casa con sus veinte euros en la mano y una cara de preocupación en el rostro. Me sabe mal, porque es una buena chica, pero no estoy para nadie.

Rebeca ya está durmiendo en su cama y yo debería hacer lo mismo. Mañana tengo que ir a trabajar y no pueden verme con esta cara de muerta que se ha adueñado de mi rostro.

Voy a olvidar el pasado, pasar página y simplemente mirar al futuro sin que por mi cabeza vuelva a pasar el nombre o el rostro de Skull. Y eso hago. Hoy ya es viernes, me levanto con la mejor de mis sonrisas.

Hago el desayuno para mi princesa y para mí y la levanto, la ayudo a asearse y a vestirse. Es una suerte que su colegio abra en verano a modo de casal, porque para los padres que no tenemos con quién dejar a los niños es un alivio, la verdad.

Miro el teléfono móvil mientras mi chica se acaba el desayuno, para hacer algo de tiempo y tengo dos mensajes, el primero es de Samuel. Lo abro sin pensarlo quizá él sea mi destino y no paro de ponerle trabas.

<<Hola Alexandra, no quiero molestarte. Solo quería comentarte que tengo dos entradas para ir a ver el Circo del Sol y me gustaría saber si te gustaría venir conmigo. Ya sé lo que piensas, pero quizá sea una buena manera para que podamos conocernos poco a poco. Ya me dirás algo. Un abrazo. Samuel >>.

Lo dejo en visto. No es solo decir sí o no, sino que tengo que cuadrar si puedo conseguir a la canguro para la niña o si mi exmarido puede llevarse a la niña este fin de semana que le toca.

El otro mensaje es de Chloe. No sé por qué, pero en mi fuero más interno, pensé que el otro

mensaje era de Skull en el que se disculpaba y todo volvía a ser como antes o mejor, qué ingenua.

<<Hola, zorri. Estoy en una nube, viviendo la vida loca. Soy más feliz que una perdiz. ¿Cómo va con tu hombre misterioso? ¿Se ha quitado la máscara y era un calvo con granos? Ya me contarás. Te quiero, zorrasca. Tu Chloe >>.

A Chloe sí que puedo contestarle al momento, no como a Samuel. Y eso hago. Tecleo rápido, sobre todo porque mi pequeña está a punto de terminarse el desayuno, lo que significa salir pitando en cuanto acabe.

<<Hola, puti. La verdad es que no estoy muy bien. No se quitó la máscara, sino la careta. Para él solo ha sido un juego. Ha jugado conmigo y después me ha tirado como a una muñeca de trapo. Me dejó la carta boca abajo y ni siquiera me dio explicaciones, salió corriendo como una maldita rata cobarde. Que le den, yo me merezco a un hombre, no a una rata. Luego nos vemos en el trabajo. Te quiero, putilla. Tu Alex >>.

Cojo la mochila de Rebeca y la meto en el coche antes de atarla en la silla. Me subo en el asiento del piloto y escucho que recibo otro mensaje. Le doy un rápido vistazo. Es de Chloe otra vez.

<<Hijo de perra. Le vamos a cortar las pelotas, porque parece que no las usa ni necesita, y se las va a comer a lo Hannibal Lecter, te lo digo. Menudo cabrón >>.

Dejo a la niña en el colegio y me voy directa a la oficina. Chloe no ha llegado todavía porque entra más tarde, así que voy directa a mi mesa para empezar a trabajar. Sobre la mesa hay un ramo de tulipanes y una nota entre ellos.

Me siento en mi mullida silla y miro las flores. ¿Quién me habrá mandado esto? ¿Samuel? ¿Algún cliente satisfecho? ¿El jefe por mis buenas cifras? A saber, cojo la tarjeta y leo el contenido de esta.

Solo hay dos palabras escritas: LO SIENTO. Y con eso Skull piensa que se arregla todo. Y una mierda para él. Tiro la tarjeta a la papelera, aunque me quedo con las flores, que no tienen la culpa, además los tulipanes me encantan.

Me paso el día trabajando como una loca, recibo un par de visitas de Chloe, y en ambas despotricamos sobre Skull. Le enseño el ramo y es entonces cuando me doy cuenta de algo. ¿Cómo sabe dónde trabajo?

—¿Tú le has dicho dónde trabajo, Cloe? Solo lo conocemos tú y yo y yo no se lo he dicho.

—A él no, pero Fran lo sabe. Me imagino que si son amigos y saben que tú y yo trabajamos en el mismo lugar, no ha sido muy difícil sumar dos más dos.

—Genial. Ahora ya sabe dónde trabajo, espero que no sepa dónde vivo o eso también se lo has comentado a tu Fran.

—No, tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

—Me río yo de cómo guardas tú los secretos. Anda tira a trabajar —me saca la lengua mientras sale por la puerta de mi despacho y yo sigo trabajando hasta terminar mi jornada laboral.

Recojo a mi pequeña del colegio y la llevo a casa. Cuando pongo el ramo en agua me mira alzando la ceja sin entender realmente.

—¿Y esas flores, mami?

—Son de un amigo.

—¿Voy a tener otro papi?

—Tú siempre tendrás un papi, pero si más adelante mami quiere conocer a otro hombre, será un papi 2.0 solo si tú quieres. Tu papi siempre será tu papi.

—Vale.

Nos pasamos la tarde recortando y pintando mariposas de papel. La verdad es que mi hija tiene todas las papeletas para convertirse en la nueva Picasso o Dalí del siglo. Tiene un talento a sus ocho años fuera de lo común.

Tras un baño y la cena, pizza toca hoy, la acuesto y me quedo en el sofá mirando la televisión mientras que me entra el sueño. Estoy a punto de dormirme cuando escucho el timbre de la puerta de mi casa y eso me hace pegar un bote. ¿Quién será estas horas?

Me encamino hacia la puerta y chafardeo por la mirilla. Lo que veo me deja de piedra. No me lo puedo creer. ¿Acaso me he quedado dormida y esto es un sueño? ¿Debería pellizcarme para despertar?

Abro la puerta tras cubrir mi rostro con un antifaz y me encuentro frente a mí nada más y nada menos que a Skull. ¿Qué hace aquí? ¿Cómo sabe dónde vivo? ¿Y si en verdad era un psicópata y ha venido a hacernos año a mi hija y a mí?

—Hola, Carmín.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Tu amiga me dio la dirección y estoy aquí para pedirte perdón, me equivoqué en mi decisión, me agobié, no pude meditarla como quería. Me llamaron urgente del trabajo y tuve que acudir. Quería conocerte de verdad, pero me daba miedo porque ya me rompieron el corazón una vida y si no funciona esta vez, no puedo volver a sufrir lo que ya me pasó hace unos años.

—Ya te dije que no podemos saber si saldría bien, ni el más sabio sabe esas cosas. Pero yo decidí arriesgarme y tú no. Yo decidí sentir mientras que tú te pusiste la coraza, esa fue tu decisión, no la mía.

—Déjame esta noche para demostrarte lo que de verdad siento cuando te tengo conmigo y entonces decides si puedes personarme o que me vaya de tu vida para no volver. ¿Me darás esa oportunidad?

Lo pienso por un momento. ¿Mi corazón merece que lo traten de esta manera? ¿Que lo mareen como una perdiz para después hacerlo trizas una y otra vez? No, no me merezco nada de esto, pero llevo toda la semana intentando no pensar en él y sacármelo de la cabeza, aunque no puedes sacar de la cabeza lo que no puedes sacarte del corazón.

Quizá soy una incauta, por sentir algo por alguien que no sé quién es, no haberle visto ni siquiera la cara ni absolutamente nada de él. Pero lo que sí que sé es lo que mi cuerpo siente cuando estoy cerca de él, que mi corazón late desbocado cuando me toca y que mi piel se eriza cuando me mira.

Tiro de su corbata haciendo que entre en casa y lo beso mientras él rodea con su brazo mi cintura, pegándome todo lo que puede a su cuerpo mientras camino hacia atrás. Cierra la puerta con un golpe de talón y muerde mi cuello enloquecido por el deseo.

Mis dedos se enredan en su pelo, enterrándose en él y salto para enredar mis piernas en su cintura. Eso parece volverlo loco y me coloca contra la pared mientras sus manos me arrancan el vestido que llevo.

Aprovecho para retirar su corbata lentamente, la cual me roba de entre las manos para usarla como atadura para mis manos, que inmoviliza antes de colocarla sobre mi cabeza. La sensación de sentirme indefensa en mi propia casa es un tanto agobiante, pero cuando el placer hace acto de presencia, el temor pasa a un segundo plano.

No puedo tocarlo, pero él a mí sí. Se ha deshecho de toda mi ropa en un abrir y cerrar de ojos, ni siquiera me he dado cuenta. Se quita los pantalones y entra en mi interior de una estocada. Me muerdo el labio para no gemir y así despertar a Rebeca.

Le indico entre besos y jadeos que su boca atrapa, cual es mi habitación para que vayamos allí. Si Rebeca se levanta a beber agua y nos encuentra de esta guisa la voy a traumatizar de por vida.

Ahora ya estamos en mi habitación, es territorio más seguro. Es mi habitación, no la suya, aquí yo tengo el control y no él. Me sienta en el colchón y yo me coloco a horcajadas.

—¿Te gusta lo que ves? —asiente sonriendo con una llama en los ojos que ni el mismo Lucifer podría apagar.

—Mucho.

—Pues lo catarás si me desatas y dejas que sea yo quien lleve la batuta. Mi habitación, mis normas, ¿recuerdas?

—Como desees, aunque quizá luego te arrepientas.

—Lo dudo mucho —le digo mientras me desata las manos.

Ahora soy yo la que tiene el control. Ha llegado la hora de jugar.



Capítulo 12: Amor y perdón

Skull

No me lo puedo creer, realmente me estoy volviendo loco, loco por ella. Ahora me doy cuenta de que he cometido un error. Y sí, tengo miedo, mucho, más de lo que me gustaría confesar, pero quien no arriesga, no gana y esta vez me voy a arriesgar porque quiero ganar. Quiero ganarla.

Hoy es viernes por la noche y mañana tengo a mi niña conmigo, pero hoy, en una semana normal, estaría en la mansión Ícaro, aunque ya no me apetece ni ir, porque sé que ella no está allí, ni volverá, tal y como me advirtió.

Voy a su casa, es hora de arreglar las cosas. A juzgar por el silencio de mi Carmín, veo que las flores no han funcionado y lo entiendo. No se arregla nada con unas flores y quien diga que sí, miente.

No tardo mucho en llegar a su casa y aparcar en la puerta, al lado de su coche. Cuando abre la puerta, asombrada, intento disculparme de la mejor manera posible, aunque no sé si ha sido suficiente.

—Déjame esta noche para demostrarte lo que de verdad siento cuando te tengo conmigo y entonces decides si puedes personarme o que me vaya de tu vida para no volver. ¿Me darás esa oportunidad?

No digo más y, aunque se lo piensa más de lo que me gustaría, acaba dejándome pasar y acabamos uniendo nuestros cuerpos de nuevo en una burbuja de deseo y sentimientos.

Acabo tumbado en la cama y ahora es ella la que tiene el control de la situación me ha dado a entender. Como ella misma ha dicho: su habitación, sus normas. Simplemente asiento a lo que desea porque quiero recuperarla a toda costa.

Me quita la ropa interior y la camisa, pero no la interior de tirantes que llevo, que le pido que me la deje puesta. Lo hago por una buena razón. Ella no me pregunta, mejor, es mejor dejarlo todo así.

Esta vez es ella quien se sube sobre mí, a horcajadas y restriega nuestros sexos, haciendo que empiece a endurecerme como el diamante. Estoy deseando entrar en ella, pero me freno, quiero darle su lugar y hoy es ella la que lleva el mando.

Nos besamos despacio, no tenemos ninguna prisa, y mis manos, traviesas, se dirigen a su trasero y lo amasan. Es jodidamente perfecta, una Venus inalcanzable y a la vez cercana, que hoy he atrapado entre mis brazos.

Miro el cuerpo de Carmín, simplemente perfecto. Lleva un conjunto de encaje gris con lazos y ya me la estoy imaginando con un lazo en cada pezón y otro en el clítoris. Joder, me moriría por comerme esos lazos.

Se levanta, alejándose de mí y pone algo de música suave con el teléfono móvil. No sé si es

que quiere bailar para mí o que la niña no se despierte, pero lo hace. La pone a voz media, es una canción que conozco muy bien; *Stop de Sam Brown*.

Empieza a bailar lentamente acariciando mi cuerpo ante mi atenta mirada. Me humedezco los labios preso de una hipnosis enfermiza que me tiene atrapado. Sus caderas se mueven como un péndulo y soy capaz de hacer todo lo que me pida.

Se coloca de espaldas a mí y acaricia su trasero despacio para después subir las manos por los costados y acaba en el gancho de su sostén, que desengancha muy despacio y va bajando las tiras por sus brazos de una manera demasiado sensual.

El sujetador cae al suelo y su espalda queda completamente al descubierto. Siento la tentación de tocarme mientras la observo incitarme y ponerme tan caliente que creo que voy a explotar.

Se da la vuelta y empieza a masajearse sus pechos mientras me mira a los ojos con un deseo fuera de lo normal. Hago el amago de levantarme para masajear yo esos pechos firmes que me vuelven loco.

Pero ella me lo impide. Niega con la cabeza para que siga en el colchón y ella prosiga con este espectáculo que me está poniendo a mil.

Mete un dedo en cada ribete de las braguitas que lleva y las va bajando poco a poco, al son de la música, sin dejar de mirarme y yo estoy tan caliente que mi pene está erecto como una bandera izada.

Sus braguitas acarician ya sus rodillas, dejando al descubierto ese templo que adoro y en el que tan a gusto me siento. La saca por sus pies y acaricia su sexo antes de abrirlo y exponerlo para mí.

—Joder, no te recordaba así, tan provocativa.

—Las cosas cambian —me dice casi susurrándome.

—Ya veo.

Se sube en la cama, a mi espalda y mientras acaricia mi pecho, siento sus labios atrapar el lóbulo de mi oreja para después morderlo. Sus labios son como el terciopelo que, entremezclado con esos dientes afilados, produce un placer sublime.

—Me voy a pasar la noche susurrándote —y ahí sé exactamente que es la mujer de mi vida y que voy a hacer lo que sea por recuperarla, porque cuando sus labios me susurran al oído, un cosquilleo me recorre de la cabeza a los pies.

—No quiero que te pases la noche susurrándome, sino la vida —y creo que con esa frase le estoy dando una más que contundente declaración de intenciones. Más claro y directo no puedo ser.

No dice nada, aunque yo esperaba que me dijera algo. Solo se tumba a mi lado y entrelazamos los dedos mirándolos a los ojos. Traga saliva sonoramente y entonces me dice algo que me hace temblar.

—Te voy a hacer el amor como solo lo he hecho con mi exmarido.

No digo nada, me quedo bloqueado ante la afirmación que acabo de escuchar. Se coloca sobre mí y acaricia mi falo lentamente mientras me besa. Y me besa de la manera más dulce que he sentido nunca.

Acaricio su espalda y paso mi mano por su columna, resiguiéndola despacio mientras sigo prolongado el beso, que no quiero que termine nunca.

Nos giramos sobre nuestros cuerpos y la coloco bajo el mío. Acaricio el suyo al completo con mi lengua, saboreando cada parte de su cuerpo hasta los pies, que degusto despacio, con hambre contenida.

Huelo su sexo antes de degustarlo, haciendo que sus manos atrapen mi cabello y tiren de él con fuerza por la excitación y el placer sentido. Acaricio sus pechos mientras la degusto, casi los amaso.

Sus jadeos se confunden con los míos y cada vez enloquecemos más por el deseo que sentimos. Cuando me siento satisfecho, entro dentro de ella y me muevo de manera lenta, acompasada.

Hacemos el amor durante horas, despacio, sin tener prisa por separarnos, en diferentes posiciones, susurrándonos, mordiéndonos, saboreándonos, empalándonos, besándonos, simplemente amándonos.

Hacemos el amor en el tocador, en la cama, en la alfombra del suelo, en la bañera, en prácticamente todas las zonas de la casa, y cuando ya estamos completamente satisfechos y apenas podemos movernos, beso su pelo.

La sensación que tengo cuando se acomoda en mi pecho para dormir en este es equiparable a la explosión del Big Bang. Cierro los ojos yo también mientras intento relajarme, pero no es posible.

Mi mente no deja de darle vueltas a la misma idea. Ahora me queda lo peor, esto no ha hecho más que empezar. Puede que esto sea el principio del perdón, pero si le cuento la verdad no va a poder perdonarme una segunda vez, por eso no quería que diéramos un paso más.

Era mejor tenerla en la mansión Ícaro, donde no había que explicar nada, donde solo éramos nosotros en ese lugar, donde disfrutábamos del sexo en sus diferentes formas sin que nadie nos juzgara.

Allí solo éramos Carmín y Skull, era perfecto y ella era perfecta en ese lugar. No deberíamos haber llegado a este punto, porque ahora ya no hay vuelta atrás. Nunca debió saber la verdad, solo era un juego, solo queríamos disfrutar, los dos, pero ya es tarde.

Es el momento de poner las cartas sobre la mesa y confesarle lo que tanto me aterra y lo que es necesario a la vez si es que queremos que esto funcione fuera de mi habitación. Antes éramos Carmín y Skull, pero ahora ya no, aquí somos Alexandra y yo.



Capítulo 13: ¿Reconciliación?

Alexandra

Me he dejado llevar como nunca he hecho y lo he hecho porque así lo he sentido. Hemos hecho el amor y ha sido una de las cosas más bonitas que han podido pasar. No había juguetes, ni normas, ni nada que frenara lo que sentimos en este momento.

Hemos dejado que nuestros cuerpos se hablaran y expresaran lo que sienten, que danzaran el baile más antiguo que jamás ha existido y ha sido pura magia. Por eso, ahora estoy abrazada a su cuerpo y no deseo estar en otro lugar que no sea este.

Lo miro y está bien dormido, así que aprovecho para levantarme y apagar el hilo musical que ha quedado de fondo e ir a tomar un vaso de agua. Además, quiero ver si mi pequeña está bien.

Me asomo a la que voy a la cocina y veo a mi pequeño ángel durmiendo como un tronco, si hasta se le cae la baba como a su madre cuando duerme. Es pura dulzura y bondad.

No puedo estar más orgullosa de la hija que tengo, es lo mejor que pudimos hacer Theo y yo. Me tomo el vaso de agua y vuelvo a la habitación junto con Skull. Esto era lo que quería, solo salir un poco de esa mansión. ¿Era tanto sacrificio?

Me tumbo de nuevo a su lado y lo abrazo. Miro su rostro y veo que todavía lleva el antifaz puesto. ¿De verdad se va a pasar la noche con eso puesto? ¿Debería quitárselo? ¿Y si todavía no está preparado para enseñarme su rostro? Ni su pecho al parecer.

Decido respetarlo y que cuando sea el momento, sea él quien me muestre quién es, no porque lo desnude dormido, sin que me dé su consentimiento para poder verlo tal y como es.

Me duermo sin darle más vueltas. Espero que mañana se muestre tal cual es y podamos salir de esta incógnita, o al menos yo. Me relajo y pronto me encuentro flotando entre nubes de algodón que me reconfortan en este momento tan dulce y confuso a la vez.

Me despierto a primera hora de la mañana y hago el desayuno. No quiero que Rebeca se entere de que he metido a un hombre en casa. Después de la conversación del otro día de un segundo papi y de más, no quiero que piense que el segundo padre es Skull.

La pobre se quedaría bastante a cuadros. Primero su padre, luego Samuel, ahora Skull. ¿Quién da más? No quiero que mi niña se haga falsas ilusiones y le rompan el corazón. No quiero hacerme yo falsas ilusiones y que rompan el mío.

Llevo el desayuno a la habitación de matrimonio. Skull ya está despierto y la verdad es que no sé cómo narices sigue con el antifaz y la camisa interior, pero con el pene fuera, no hay quien lo entienda.

—No entiendo por qué llevas todavía esa ridícula camiseta blanca de algodón y la máscara. Creo que a estas alturas ya no es necesario.

—Tengo que contarte algo.

—Dime.

—Te he mentado. No soy quien crees que soy.

—¿No eres Skull?

—Sí, soy Skull, pero soy algo más que Skull.

—Quiero que sepas que cuando te vi por primera vez en la mansión Ícaro fue lo mejor y lo peor que me pasó en la vida. Lo mejor porque fue como un rayo de luz que volvía a entrar después de estar tanto tiempo en la oscuridad. Lo peor porque sabía que llegaría este momento y tenía miedo de perderte. Por eso no quería dar un paso más, porque sabía que, si tenía que descubrirme ante ti, las cosas cambiarían, mientras que quedándonos en la habitación siempre estaríamos solo Carmín y Skull.

—No te entiendo. Explícate mejor.

—Lo que quiero decir que ya hemos dejado de ser solo Carmín y Skull. Yo ya no soy Skull aquí y tú ya no eres Carmín, sino Alexandra, siempre has sido Alexandra.

¿Cómo coño sabe mi nombre? ¿Se lo habrán dicho Fran o Chloe? ¿Lo habrá mirado en el buzón de la casa? La verdad es que estoy bastante desconcertada y no sé qué pensar ni qué decir.

—¿Cómo sabes mi nombre, Skull?

—Lo sé todo de ti.

—¿Eres un psicópata? ¿Un acosador?

—No, solo soy alguien que te quiere con toda su alma. Te quiero, Alexandra.

—Me estás empezando a dar miedo. Deberías irte de mi casa antes de que se despierte mi hija.

—Espera —veo que se quita la camiseta y a la altura del corazón tiene grabado mi nombre en un tatuaje. ¿Acaso es un enfermo mental? Por eso no quería quitarse la camiseta interior.

—¿Quién coño eres? —pregunto nerviosa y avanzo hacia su posición y le arranco el antifaz. Lo que veo me deja de piedra. No es posible.

—¡Tú! —grito.

—Sí, mi amor, siento no habértelo dicho antes.

Frente a mí se encuentra el hombre del que un día me enamoré. Theo. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Cómo he podido no darme cuenta? Doy un par de pasos atrás sin podérmelo creer todavía.

—No me puedo creer que me hayas engañado todo este tiempo.

—No sabía si eras tú de verdad, te parecías mucho, eras mi prototipo de mujer, pero jamás me imaginé que tú frecuentaras ese tipo de lugares, por eso pensé que no eras tú.

—Claro... Has cambiado tanto que, si no te viera la cara, no te reconocería.

—Esa era la idea. Cuando nos separamos, me di cuenta de que había sido un marido horrible, que no me había preocupado de tu felicidad, de darte el cariño que te mereces, de darte un placer inmenso en la cama. Así que empecé a ir al gimnasio, a trabajar esos temas, a conocer otros mundos para ser uno de los mejores en la cama, para cubrir todas esas carencias que tenía cuando estábamos juntos.

—La verdad es que es cambio ha sido radical, no te quepa duda.

—¿Crees que podrás perdonarme algún día y podremos volver a intentarlo?

—Ahora mismo no puedo pensar, no puedo decirte nada, porque todo esto me ha pillado de improviso y la verdad es que prefiero que te vayas de mi casa y me calme para poder pensar todo esto.

—Está bien, te daré todo el tiempo que necesites. Solo quiero que sepas que soy consciente de

que no hice las cosas nada bien en el pasado, pero que he trabajado mucho para rectificar las cosas que no estaban bien en mí y ahora puedo decir que soy una mejor persona y todo es gracias a ti. Ahora me marcharé, no quiero que te sientas incómoda —me besa en la mejilla y solo me entrega el antifaz, como no hizo en su habitación y ahora hace en la mía, antes de marcharse.

No digo nada, solo me quedo parada viendo cómo se marcha mientras una lágrima cubre mi mejilla al ver que está llorando mientras traspasa la puerta de la que una vez fue su casa.



Capítulo 14: Sinceridad

Skull (Theo)

Y se lo he dicho, porque no podíamos vivir eternamente en una mentira, porque ya no lo aguantaba más dentro, porque me consumía lentamente, desgarrándome el cuerpo y el alma.

Sé que no va a llamar, escribirme o hacer cualquier cosa que pueda arreglar la situación, la he jodido sí, pero era mejor poner las cartas sobre la mesa que vivir en las sombras, ocultos ante un antifaz, no dejando ver la realidad de ambos.

Ahora lo veo, los miedos han desaparecido, ahora veo las cosas claras. Desde que se lo he confesado, estoy mucho más tranquilo, como si me hubiese quitado un gran peso de encima.

Ahora que lo sabe, solo quiero estar con ella, solo quiero que todo vuelva a ser como antes, comprarle un anillo y pedirle que vuelva a casarse conmigo, que nada va a ser igual, que he cambiado y que no volveré a ser ese gilipollas.

No me coge el teléfono cuando la llamo, ni responde a mis llamadas. No me entrega a nuestra hija en la puerta, sino que lo hace la niñera o su amiga Chloe. Creo que nunca va a perdonarme y eso me rompe por dentro.

Estoy con mi pequeña en las piernas. Se ha quedado dormida. La llevo a su habitación. Mi pequeña Rebeca, mi Beck, cómo ha crecido.

Desde que nos separamos su madre y yo, siempre la he llamado por su diminutivo. Era una manera de que diferenciara ambas estancias y que tuviéramos algo solo nuestro, algo que hiciera a nuestra relación especial.

Ahora que mi pequeña duerme, espero paciente a que vengan mis amigos. Los he llamado porque necesito apoyo y consejo. Hace casi un mes desde que le confesé a Alexandra quién era y la verdad es que ya no sé qué hacer para recuperarla.

Los chicos me mandan un mensaje al llegar. Saben que Beck está durmiendo a estas horas y no quieren despertarla. Abro la puerta y entran con una sonrisa en los labios y un buen rollo que da envidia.

—Hola, tíos.

—¿Qué pasa colega? ¿Cómo estás?

—Podría estar mejor, la verdad.

—Desembucha —me pide Juan.

—No quiere saber nada de mí desde que le dije quién era.

—Pero se le pasará, no te preocupes. Además, te avisé que era mejor que te quitaras el antifaz en la mansión, quizá las cosas hubiesen sido muy diferentes —me reprende Fran.

—Lo sé, pero no quería perderla y ahora sí que la he perdido.

—¿Cuándo te diste cuenta de que era ella? —me pregunta.

—El día que la vi en el coche sin máscara. No me lo podía creer. ¿Ella en un lugar como ese? Era impensable, pero parece que tu chica la convenció o yo que sé.

—Sí. Ya te puedes poner las pilas para recuperarla, que quiero que nos vayamos las tres parejas de vacaciones.

—¿Tres?

—Sí tío, lo mío ha cuajado. La verdad es que estamos embobados el uno con el otro. Mi italiano...

—¿Cómo se llama?

—Paolo.

—Muy italiano.

—Sin duda —los tres nos reímos e intento pasar un rato agradable con mis amigos e intentar olvidar lo amargos que se han vuelto mis días sin ella.

—¿Oye tío, y si le llevas a la tuna? —miro a Juan sin entender.

—¿Serenata? —sugiere un sinónimo.

—No, no creo que sea de esas —confirmo.

—Pues piensa algo, pero recupérala, tío —me presiona Fran.

—Haré lo que esté en mi mano porque la quiero y quiero estar con ella.

—Así me gusta, esa es la actitud.

Pedimos unas pizzas y cenamos algo entre risas y charla. Vemos la televisión y nos bebemos hasta los charcos del jardín. Acabamos durmiendo todos en mi casa, Juan y Fran en las habitaciones de invitados y yo en la principal.

Lo último que me viene a la cabeza antes de quedarme completamente dormido es que ya sé cómo voy a intentar que me perdone y volver a conquistarla y espero que todavía no sea demasiado tarde.

Hoy me he levantado con energía, con resaca, sí, pero también con energía. Estoy dispuesto a ponerme las pilas y recuperarla. Llevo a la pequeña a la escuela, hoy puedo llevarla yo, sobre todo porque estoy de vacaciones, por fin.

He apagado el teléfono del trabajo para que nada ni nadie puedan molestarme. No existo para nadie que no sea mi hija, Alexandra, o mis amigos.

—Te quiero mucho, mucho, muchísimo, mi Beck. ¿Vas a hacerme un dibujo hoy en la escuela para colgarlo en la pared de mi habitación?

—Vale, papi. Te haré uno grande.

—Sí, cuanto más grande mejor.

—Adiós, papi.

—Adiós, Beck. Te quiero mucho, mi niña, no lo olvides.

Me dedico el día a organizar la sorpresa que tengo pensada para que Alex vuelva conmigo y, aunque me cuesta más de lo que había imaginado, consigo que todo esté preparado para mañana. Mañana será el gran día, espero que todo salga a pedir de boca.

*

Estoy muy nervioso. Hoy es el gran día. Me miro al espejo y me coloco bien la corbata. La verdad es que no estoy del todo mal. Llevo el mejor traje que tengo y me he acicalado de la manera más correcta posible, con la colonia que llevaba la primera vez que la conocí. Hoy voy a hacer que rememoremos nuestra primera cita, si es que ella acepta.

Cojo la moto y voy directo a su casa. Es mejor hacerlo todo arrancando de una vez la tirita y

que sea lo que dios quiera. Tomo una bocanada de aire antes de pulsar el timbre. Allá vamos.

La puerta se abre, pero no es Alexandra quien la abre, sino Chloe. Me mira entre asombrada y cabreada, pero intenta mantener la calma. Mi niña me ve y corre a saludarme.

—¡Papi! ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscar a mami.

—Pero mami no está.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con el papi de Oliver al circo —la miro extrañado y desvío la mirada hacia Chloe para que corrobore lo que dice mi hija.

—¿Es eso cierto, Chloe?

—No tengo por qué darte explicaciones, pero sí, ella está intentando rehacer su vida lejos de ti, tú deberías hacer lo mismo.

—¿Dónde está? Necesito hablar con ella.

—No te lo diré. No le joderé la cita.

—Están en ese circo que tiene un sol papi.

—¿El circo del sol?

—Sí, ese papi —mi niña aplaude. —Corre, papi, corre.

Cojo la moto y voy a gran velocidad hasta el Circo del Sol. Está bastante lejos, casi a dos horas, pero eso no va a detenerme.

Aprieto el manillar del acelerador y en menos de dos horas me presento en la carpa gigantesca del circo del sol. Me bajo de la moto tras aparcarla y guardo el casco. No me dejan entrar porque el espectáculo ya ha empezado, pero, de todos modos, me las ingenio para colarme sin que la seguridad me vea.

Ha llegado la hora de recuperar a mi mujer.



Capítulo 15: Magia

Alexandra

No voy a perdonarle, no puedo perdonarle lo que me ha hecho. Me siento como una estúpida a la que han estado engañando durante días y que no ha sido capaz de darse cuenta de nada.

Soy gilipollas, porque aun sabiendo todo lo que ha hecho, no dejo de pensar en él, en lo que se ha convertido, en definitiva, sigo colgada de un hombre que me ha estado engañando.

Han pasado ya cerca de cuatro semanas desde que descubrí, o él me descubrió, la identidad de Skull, y sigo sin contactar con él. Me imagino que estará esperando una respuesta que yo no puedo darle.

No he vuelto a ir a la mansión ni me interesa catar ninguno de los hombres que tienen habitación allí. Solo me interesaba uno, uno al que tengo que sacarme de la cabeza y del corazón como sea.

Solo de pensar que le conté mi vida aquel día en la barra como si nada y él la conocía perfectamente, es más, gran parte de esa vida la había vivido conmigo... No sé cómo no me di cuenta de ese cambio cuando venía a por la niña, supongo que porque apenas salía del coche y yo tampoco quería verlo. Soy una idiota.

Cojo el teléfono móvil para llamar a Chloe y desahogarme, pero veo que todavía no le he contestado a Samuel. Tengo un mensaje suyo y la verdad es que me he olvidado completamente de él y lo he ignorado y él no tiene la culpa.

<<Hoy es el día del Circo del Sol. Ya sé que seguramente no verás este mensaje, o no lo contestarás, solo quería decirte que te esperaré a las cuatro en la puerta de tu casa y si estás perfecto, no hace falta que me contestes al mensaje y si no estás no te preocupes, prometo no volver a molestarte más. Un abrazo gigante, Samuel >>.

No puedo creer la insistencia de Samuel. Es un buen tipo y por eso lo acompañaré al Circo del Sol, pero no siento eso por él, no me atrae y no quiero engañarlo como han hecho conmigo. Prefiero que use su tiempo en conocer a una persona que lo quiera y lo haga feliz.

Llamo a Chloe para ver si puede cuidar a mi pequeña cuando Linda me dice que está de vacaciones y no puede quedarse con Rebeca. Chloe promete estar en casa en diez o quince minutos, que en su idioma es veinte.

Aprovecho para arreglarme ante los elogios de mi hija, que es quien escoge el vestido y los zapatos. Combina la ropa mejor que yo. Un vestido azul cielo con falta de volante y cuello palabra de honor es el elegido, con unos zapatos y un bolso blanco.

Ya estoy lista y quedan apenas dos minutos para la hora cuando Chloe golpea mi puerta. Lo dicho, han sido los veinte minutos que yo había calculado. Entra y la abrazo para saludarla y

agradecerle que se quede con Rebeca.

—¿Y dónde te lleva el padre del colegio?

—Es Samuel y me lleva al Circo del Sol.

—Yo fui el año pasado y es genial. Lo vas a disfrutar.

—Eso espero.

—Uí, te lo veo en la cara. A ti no te gusta nada ese tío, ¿verdad?

—No dejo de pensar en Skull, bueno, en Theo.

—Tienes que decidir qué es lo que quiere tu corazón nena. Olvídate de la cabeza. A mí me pasó algo parecido con Snake, Fran vamos. Mi cabeza me decía que no podía arriesgarme a estar con un tío que no sabía quién podía ser. Podía ser un asesino en serie, un violador, etc...

—Yo pensé lo mismo.

—La cosa es que me arriesgué porque me dejé llevar por lo que me dijo el corazón y no por la cabeza. ¿Me entiendes?

—Sí, perfectamente.

—Pues ya sabes, piénsalo, pero no con la cabeza, sino con el corazón.

—Gracias por el consejo. Me voy o se me va.

—Disfruta.

Salgo por la puerta y me encuentro con Samuel esperando en su coche. Me siento en el asiento del copiloto y simplemente sonrío.

—Gracias por haberme invitado, Samuel.

—Gracias por haber venido, Alexandra.

El viaje se hace algo tedioso, no es por el tiempo en carretera, casi dos horas, sino porque nos pasamos el camino escuchando al El Fary y Samuel es más soso que un arroz sin Avecrem.

Una vez aparcamos en el estacionamiento del circo, salimos del coche y nos vamos a la entrada, donde nos reclaman las entradas que entrega Samuel antes de entrar en la carpa y sentarnos en nuestros sitios asignados.

No hablamos mucho antes de que empiece el show. Samuel no habla en ningún momento, parece que toda aquella soltura que tenía el día que vino a casa a cenar la ha perdido hoy. ¿Estará nervioso?

—Samuel, ¿estás bien?

—Sí, es solo que estoy un poco nervioso.

—¿Por la cita?

—No, porque tengo que contarte algo y no sé cómo decírtelo.

—Solo suéltalo.

—Anoche me acosté con mi vecina —tras decirlo, suelta la respiración que tenía contenida desde hacía rato.

—Entiendo.

—Quiero que sepas que ha sido un error. Estábamos borrachos y solos y bueno, al final pasó, pero quiero que sepas que eres tú la que me interesa, a quien quiero conocer.

—La verdad es que quería hablar contigo, Samuel.

—Claro, dime.

—He venido aquí contigo porque te lo debía y me sabía mal dejarte tirado cuando has sido muy amable conmigo y yo he pasado de ti, pero la verdad es que estoy enamorada de alguien y no puedo seguir engañándome ni engañando a nadie más —y es la verdad, lo confieso, pese a todo, quiero a Theo, quiero volver a conocer a mi exmarido, tal y como es ahora.

—Entiendo. Agradezco que seas tan franca conmigo.

—Es lo mínimo que te mereces, eres un hombre maravilloso —le digo susurrándole, el espectáculo hace tiempo que ha empezado.

Los dos desviamos la mirada hacia delante, dejando de mirarnos a los ojos, y vemos cosas extraordinarias. En verdad Chloe no exageraba cuando decía que todo esto era maravilloso. Es especial, pura magia.

Y entonces ocurre lo inimaginable, entre los malabaristas, en medio del escenario, aparece Theo con un traje que se amolda perfectamente a su cuerpo. Me levanto de mi asiento sin entender realmente lo que ocurre y bajo al final de las gradas, a la zona de la pista. Lo veo con una especie de micrófono en la mano.

—Alexandra, sé que estás aquí, entre la multitud, aunque no pueda verte y sé que quizá la que no quieras verme seas tú a mí. He venido hasta aquí con la sana y humilde intención de que puedas perdonarme. Desde que volví a reencontrarme contigo no he podido sacarte de mi cabeza. Eres el aire que necesito para respirar, los latidos que hacen bombear mi corazón, el motivo por el que me levanto mañana, juntamente con nuestra hija. Ya no concibo una vida sin ti. Sé que te he hecho daño, que te he traicionado, que no he sabido darte lo que necesitabas en el pasado, pero te aseguro que, si me das otra oportunidad, me voy a encargar de hacerte feliz todos los días del resto de mi vida. Déjame demostrarte lo mucho que te quiero, déjame besarte cada noche mientras te susurro al oído, con esa voz ronca que tanto te gusta, lo mucho que te quiero.

Entro en la pista hacia donde se encuentra y lo miro a los ojos sin decir nada, mientras una lágrima recorre mi mejilla hasta perderse por mi barbilla. Me la limpio e intento serenarme.

—Me has hecho mucho daño, me has mentido y hecho sentir como una mierda. En el pasado has sido uno de los peores maridos que ha habido en la faz de la Tierra, pero me he dado cuenta de que has cambiado y en estos días me has hecho sentir cosas que nunca había experimentado, cosas que me han gustado mucho más de lo que cabía esperar. No sé si algún día olvidaré lo que ha ocurrido, pero lo voy a intentar, porque te quiero. Te quiero, Theo —rodeó su cuello y lo beso con todo el amor que siento por él.

—¿Entonces esto significa que me perdonas?

—Eso significa que quiero volver a intentarlo.

—¿Y te casarías conmigo otra vez? —me enseña una caja que se saca del bolsillo.

—No corras tanto, anda. Empieza por quererme día a día y ya vamos viendo.

—Está bien, aunque quiero que sepas que me voy a pasar la vida susurrándote lo mucho que te quiero.



Fin